

EL CAMINO DE LOS BAQUIANOS

Elizabeth Torres Tello
COMPILADORA



UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI

2015

El camino de los baquianos



**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI**

El camino de los baquianos

Elizabeth Torres Tello
Compiladora

Facultad de Psicología
2015

El camino de los baquianos

El camino de los baquianos / Compiladora Elizabeth Torres Tello.--Cali : Editorial Bonaventuriana, 2015

119 p.

ISBN: 978-958-8785-71-4

1. Estética y psicología 2. Psicología de la estética 3. Estética y lenguaje 4. Lenguaje estético
5. Creación literaria, estética, etc. 6. Estética - Aspectos psicológicos 7. Relatos personales –
Psicología 8. Cultura estética 9. Educación estética I. Tit.

152.1

(D 23)

C183c

© Universidad de San Buenaventura Cali

 Editorial Bonaventuriana

El camino de los baquianos

© Elizabeth Torres Tello, compiladora.
Facultad de Psicología
Universidad de San Buenaventura
Colombia

© Editorial Bonaventuriana, 2015
Universidad de San Buenaventura Cali.
Calle 117 No. 11 A 62
PBX: 57 (1) 5200299
<http://editorialbonaventuriana.edu.co>
Bogotá – Colombia

Los autores son responsables del contenido de la presente obra.
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, sin permiso escrito de la Editorial Bonaventuriana.

© Derechos reservados de la Universidad de San Buenaventura.

ISBN: 978-958-8785-71-4

Libro digital.

Depósito legal: se da cumplimiento a lo estipulado en la Ley 44 de 1993, decreto 460 de 1995 y decreto 358 de 2000.

Impreso en Colombia - Printed in Colombia.

El camino de los baquianos, es un libro de relatos escritos por los estudiantes de la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura Cali, por lo tanto los personajes y las situaciones presentadas en las crónicas son responsabilidad de los autores y no comprometen el pensamiento y la filosofía de la universidad.

Índice

Prólogo	11
<hr/>	
Introducción:	
La ruta de los baquianos: trenzado de viajeros	15
<hr/>	
Capítulo I	
A la captura de los espacios interiores	19
Habitar en paisajes y gemas	19
Manos sabias que hacen florecer el pasado	21
Habitar en el cuerpo y en el color	23
<hr/>	
Capítulo II	
Las biografías estéticas	27
Libros como puentes	27
El viejo escritor	29
Palabras que son espejo, ruta y conquista	35
La alquimia del encuentro	49
La vida que surge entre las manos	56
Refugios de tierra, agua y viento	58
La terca esperanza que cuida el esplendor de unos zapatos blancos	61
Pintar para descubrirse	62

La captura de lo invisible	64
Viajes, distancia y encuentro	68
Ponerse en los zapatos de otro	70
La vida del juego	72
El fondo musical de la vida	85
Asomarse a la vida	87
La vida y sus formas reparadoras	91
Capítulo III	
Prácticas contadas y cantadas	97
Intervenciones de psicólogas en formación que hicieron uso de herramientas clínico-estéticas	97
Refugios hechos de palabras	98
Resignificando la sala de lectura infantil	98
Un lugar, un hogar	100
Cuentos a cuatro manos	100
Los puentes invisibles	103
Metáforas como mariposas, volando por la “habitación de los libros”	104
El espejo sonoro	110
Mi voz, su espejo sonoro	111
Canto a su familia	111
El ritmo entre dos	112
El juego musical: un lugar para existir	113
Yo me llamo D	113
Bibliografía	117
Webgrafía	119

Prólogo

El solo se atreve a permanecer inmóvil en el escenario vacío frente al telón, como si, más allá del escenario, el eco del entusiasmo del público le alegrara tanto que fuera a emprender el vuelo. Pero todo eso, al fin y al cabo, no es más que figuraciones suyas. Lo raro es que poco a poco han empezado a crecerle un par de fuertes alas

Jimmy Liao

Desde sus inicios, la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura hizo una apuesta por la formación de psicólogos que integren la sensibilidad como vía de conocimiento y herramienta de intervención en su quehacer, a través de un curso llamado Clínica y Estética.

A través de los años, el curso devino en una invitación a construir relatos que consignaran la memoria de aquellas expresiones estéticas significativas para cada estudiante. En estos textos, cada uno fue tejiendo las historias de su vida a través de la música, la danza, la fotografía, la gastronomía, la moda, la fiesta y otras expresiones, que de manera sorprendente enriquecieron los referentes establecidos que para ese entonces correspondían generalmente a las arte terapias.

Las biografías estéticas de los estudiantes llevaron el curso a lugares insospechados; a comprensiones que por su singularidad y riqueza no podían quedarse en el círculo que formábamos en el aula. Desde ese momento, se hizo necesario consignar estas memorias para testimoniar una y otra vez cómo, de manera discreta y conmovedora, diversas expresiones estéticas muestran su fuerza transformadora.

Al escribirlas, al leerlas, al escucharlas y al silenciarnos para hacernos partícipes de un conocimiento que surge de las profundidades del alma humana, los

recursos psicológicos cuyo reconocimiento forma parte de nuestro quehacer, se tiñeron de sonido, movimiento, color, sabor y olor. Cada quien descubrió una ruta para hacer de estas vitales expresiones una herramienta para enriquecer su vida y su futuro oficio, así como para permitirnos a todos recorrer caminos que nos resultaban invisibles.

En este lugar de nuestro tránsito, asistimos también a las primeras prácticas de estudiantes que comportan un importante componente clínico-estético, valientes apuestas que llevaron esos íntimos hallazgos de clase a otros lugares. Estudiantes que se sintieron existir a través de los cuentos, el canto y el juego, han desplegado escenarios en los que varios niños que requerían su ayuda, lograron vivir para sí, dibujados por una voz, maternados por un cuento, alentados a permanecer de la mano de juguetonas metáforas.

El curso se propuso dialogar con diferentes autores. Así, Graciela Montes nos prestó conceptos para paladear con suma delicadeza cada texto. De ella obtuvimos pistas para descifrar los enigmas que movilizan las búsquedas de sentido en cada expresión. También nos permitió percatarnos de los espacios interiores, territorios psicológicos que se ensanchan cada vez que “nos sentimos vivir” (Montes, 1999, p.1). De ella surge la constante pregunta por las consignas frente a las que nos hemos rebelado de la mano de un grito cantado, una decoración que hace hablar al cuerpo o un gesto que desdice a las palabras.

Durante su viaje por la literatura, Michele Petit (2001,2009) nos entrega un mapa que nos guía en la búsqueda de nosotros mismos. La literatura llegó a ser un lugar para reconocer la propia voz, tomar partido, enfrentar los miedos y hacerse a las metáforas que pueden representar lo irrepresentable. Al lado de su pluma, escudriñamos los territorios de la subjetividad tan propia a nuestra disciplina y tan difícil de aprehender.

También la música fue compañera en este viaje. Patricia Pellizzari (1999), abrió una puerta a lo contradictorio y a lo paradójico, que en el terreno de lo estético pueden cobrar forma y sentido. Con ella viajamos en pos del estremecimiento.

El juego, que asumimos como cuna y fuente de estas experiencias estéticas, tuvo al cuerpo como su primer escenario. Bajo el gesto de un arrullo, una ronda o un juego de ponchao, Daniel Calmels iluminó la trama compleja de la vida psíquica que vive la tensión, el vértigo y el placer del encuentro y la separación. Esteban Levín (2013), nos sorprendió escondidos, ocultos en el lugar de los secretos, fuera de la vista de los otros; solos con nosotros, en ese inquietante lugar o jugando con la muerte a revivir.

Hablando de la soledad, Donald Winnicot (2012), nos presentó “La esperanza”, esa que nace de la ilusión de que a la ausencia le seguirá el reencuentro; la misma que nos permite habitar el vacío. Boris Cyrulnik (2002), María Eugenia Colmenares (1999, 2006) y María Eugenia Villalobos (2010), nos ofrecieron los recursos que podían nombrar y abarcar las singulares y maravillosas maneras a través de las cuales se enfrenta la adversidad y se la transforma en oportunidad. María Eugenia Colmenares destacó del juego su naturaleza profundamente subversiva de los órdenes establecidos y su relación con el ejercicio de la libertad y la ética, condiciones ambas necesarias para la resiliencia. María Eugenia Villalobos nos llevó, en su experiencia clínica, a comprender cómo a través de la recreación psicodramática se puede favorecer el desarrollo de procesos resilientes.

De esta manera, recursos jugados, cantados, danzados, presentes en los sabores y olores heredados de las abuelas cocineras, fueron más allá de su valor anecdótico. Discretos lugares, como los costureros, el patio, el cuarto de planchar y el lavadero, fueron los escenarios donde se formalizaron los profundos encuentros de nuestros baquianos consigo mismos y con los otros. En ellos restablecieron la confianza en la vida, hicieron renacer un sueño de sí y se representaron el dolor para arrebatarlo de las manos del destino y decidir qué hacer con él.

Si bien nos aproximamos a ciertos autores que nos dieron pistas para la comprensión del sentido psicológico de las experiencias estéticas, también nos acercamos a otros que nos permitieron sentir. Son estos escritores, directores de cine, guionistas y músicos, con quienes dialogamos a través de diversas narrativas. Algunos de estos anfitriones fueron Jimmy Liao (ilustrador y escritor) quien dio forma a los lugares íntimos que creamos para existir; Pinche Canela –quien se autodenomina escritora anarquista– nos develó cuántos sentimientos se pueden tejer en una trenza, recurso estético tejido sobre el cuerpo; Mijal Snuni –escritora y periodista israelí– a través de un bello pájaro nos mostró los escondidos cajoncitos del “alma”, imagen potente y delicada de los mundos interiores; Amelie de Jean-Pierre Jeunet (director de cine y guionista) y Guillaume y Laurant (guionista), alertaron todos nuestros sentidos para ir a la conquista de las discretas experiencias estéticas que ligan a las personas con la vida.

Cada escrito de los estudiantes está acompañado de una fotografía, una pintura, un poema o un cuento. Esta propuesta estética afín al lenguaje y un recurso psicológico en sus vidas, recrea y amplía nuestra comprensión de una realidad que trasciende las fronteras de la razón y se alía con la sensibilidad para iluminarnos esta ruta de conocimiento de lo humano.

Ahora, en las manos del lector este texto aspira a cobrar nueva vida; esa que nace en el silencio que sigue al hallazgo de una experiencia que resulta reveladora y permite volver al encuentro de nosotros mismos; esa que retrata de manera magnífica María Cristina Ramos en este poema, en el que una viajera de la ruta de este curso, Marcela Escobar Ocampo, encontró un reflejo del curso de Clínica y Estética.

Leve

*Cada uno se arroja como puede,
como le va pidiendo la intemperie,
cada uno se agrega el tul profundo
para las noches más serenas.
Cada cual se levanta
y se deshoja
livianamente para el día,
cada cual con un cacharro añoso
y una leve cuchara
para el sabor que cuenta.
Cada cual cada quien que nunca es tarde
para elegir la trama que precise,
la labor más prolija
el párpado más rústico
y la orilla donde el agua quiebra
sus cristales y los junta
para poder mirarse y no encontrarse
y seguir a la busca.*

María Cristina Ramos

Introducción

La ruta de los baquianos: trenzado de viajeros

Aquí no es posible ir de una provincia a otra sin la ayuda de un baquiano, que se orienta por la posición de las estrellas, por unos charcos de agua o por otros signos que pasan inadvertidos para el común de las gentes

Xavier Marmier (1808-1892), viajero y escritor francés.

El viaje emprendido con los autores de estos relatos –los baquianos–, comienza a partir de la siguiente invitación: construir una biografía cuyo hilo conductor sean las experiencias estéticas que han contribuido a dotar sus vidas de sentido. A estas producciones –de intenso olor a memorias– las llamamos biografías estéticas. Esta propuesta de viaje y aventura, de alteridades y nos/otros, está enmarcada en dos cursos de pregrado para futuros profesionales de la psicología: Clínica y Estética y Práctica Profesional.

Construir las biografías fue todo un viaje. Había una caja de herramientas inicial, un conjunto de estrategias para navegar y recursos para las tormentas, los momentos apacibles y, provisoriamente, para anclar.

No tardaron nuestros más precavidos viajeros en demandar unas coordenadas de llegada con la imaginaria seguridad que da la precisión. Fue entonces, cuando compartí las valiosas memorias de otros viajeros, que con valentía y sensibilidad habían emprendido este prometedor y a la vez inquietante viaje.¹

1. La propuesta de biografía estética estaba alimentada por experiencias pedagógicas y terapéuticas previas. En ellas, la fuerza de la palabra, el dibujo, el cuento, la pintura y el juego, obraba como puente de resignificación y mediación para nuevos sentidos, como subversión de lo aparentemente inamovible.

Los viajeros con los que se favoreció un primer encuentro, venían de la literatura, el cine y la poesía; personajes como Amelié, en la película francesa del mismo nombre del año 2001; el niño del álbum ilustrado *Escondarse en un rincón del mundo* de Jimmy Liao;² *El pájaro del alma*, de la literata israelí Mijal Snunit, y la chica del cuento *Trenzaré mi tristeza*, creado por la escritora mexicana Paola Klug.

Un segundo grupo de viajeros proporcionó otras proximidades. Estudiantes de semestres avanzados me habían prestado sus bitácoras de viaje; definitivas, sin duda, al momento de decidir zarpar. En sus relatos, las coordenadas configuraban una geografía distinta. Todos parecían haber llegado a diferentes lugares, pero la riqueza de la experiencia alentó a muchos a emprender la enigmática aventura.

En esta preparación para el viaje, propuse primero vagar por los alrededores y aventurarse a capturar vivencias de “espacios interiores”, lo que suponía observar personas y sentir las vivir de manera intensa e íntima: abuelas consintiendo sus rosales; vendedores de frutas disponiéndolas en los cajones de madera con la delicadeza con la que un pintor recrea colores en su lienzo; niños que jugaban a atrapar el brillo del sol que se reflejaba en el agua tibia de sus bañeras, y tantas otras discretas maravillas que aseguraban que nuestros viajeros no dejarían pasar de largo lo esencial, por invisible que pareciese.

Del viaje obtendríamos, además de una memoria escrita que contenía un entramado de producciones, un “producto” en el que la música, la danza, la escritura, la culinaria y el modelado, entre otras expresiones, le permitían a cada viajero metaforizar el sentido de esa experiencia estética en sus vidas. Relato y obra se conjugarían para garantizarle al lector vivir de diversas y sentidas maneras la experiencia del viaje.

Las biografías se construyen desde el comienzo del curso y solo se presentan (no podría decir que culminan) al final del semestre. Lo más valioso de este curso

2. El lector puede encontrar la versión digital del libro en <http://barbara-fiore.com/index.php/libros-archivos/escondarse-en-un-rincon-del-mundo/>. Igualmente, en una agradable entrevista hecha a este prodigo ilustrador, la revista *babar.com* resalta un evento de vida de gran valía que transformó la apuesta creativa de Jimmy Liao: “Jimmy Liao nació en Taipei (Taiwán) en 1958. Comenzó a trabajar en el mundo de la publicidad, pero en 1995 le diagnosticaron leucemia y se vio obligado a estar un año en tratamiento, aislado. Este acontecimiento dio un giro radical a su vida y a su visión del mundo. Cuando se recuperó en 1998, publicó sus dos primeros libros y desde entonces se ha convertido en uno de los ilustradores más conocidos del mundo. Varios de sus trabajos han sido llevados al cine y al teatro y su corto *El pez que sonreía*, fue premiado en el Festival de Cine de Berlín en 2006” (Ver más en: <http://revistababar.com/wp/entrevista-a-jimmy-liao/>).

acontece cuando, sentados en círculo alrededor de los relatos, cada baquiano comparte con el grupo el estado de sus viajes. Así, vamos asistiendo a los avances de cada trayectoria, y navegando en las palabras llegamos a lugares insospechados en los que las experiencias estéticas enfrentan el dolor y la muerte, reavivan la esperanza, construyen lazos, se rebelan contra las consignas, descifran enigmas, recrean los roídos recuerdos congelados en la memoria, maternan y erigen espacios interiores que sirven de reflejo a los demás baquianos.

Para llegar a este lugar, se conquistó el territorio de la página en blanco, se exorcizó el temor de no hacer lo que el “otro” espera, se dio lugar y valor a un saber que nació de la vida y se leyó por fuera de los cánones de los textos acreditados y académicos. Esto favoreció la fuerza de la propia voz y la construcción de un nuevo relato sobre la vida, al tiempo que nos dio el arrojo necesario para interrogar su sentido.

Esta delicada experiencia no comparte sus tiempos con los tiempos y criterios inamovibles de una evaluación: cuatro palabras, veinte páginas, cinco preguntas resueltas. El saber y el hacer pasaron por otra rejilla, por otros dispositivos, por otros agenciamientos de la dedicación y el compromiso. No hay un viaje mejor logrado que otro. Todos llevan a lugares singulares que lejos de ser obstáculos se tornan en motivo de celebración.

Yo fui compañera del primer viaje de todos los baquianos, pero hubo quienes decidieron emprender una segunda travesía y con ellos también partí. El primer viaje de los baquianos fue durante el curso de Clínica y Estética y el segundo se hizo en el marco de la supervisión de práctica profesional. De este último recojo algunos fragmentos de sus producciones. Ellos, en la construcción de sus “biografías estéticas”, fueron re-descubriendo en sus propias vidas la sutil y poderosa fuerza transformadora de las palabras cantadas y contadas. Ahora, más sabios por reconocerse en sus propios recursos, han podido favorecer, mediar y exaltar, los recursos de los otros. Este segundo viaje, enriquecido por la sensibilidad conquistada del primero, estuvo orientado por coordenadas in-precisas y por el devenir y riesgo al apostarle a una práctica inédita; en todo este entramado, la apuesta por una Clínica-Estética que re-piensa y re-crea lo pedagógico en psicología, cobró vida. Una vida apenas naciente, llena de preguntas, de alegre asombro, de miedos y valentías, que alienta a seguir construyendo, creando y recreando nuevas rutas de baquianos.

Elizabeth Torres Tello.

Capítulo I

A la captura de los espacios interiores

La lente dispuesta a captar esos espacios que las personas han conquistado para sí mismas, parece tener una doble faz, pues al capturar los sagrados momentos en los que otro existe de maneras plenas y profundas, también captura la interioridad de quien acciona el disparador de la cámara.

Es ello un primer anuncio de que la tarea de mirar en profundidad lo humano es imposible si no se lleva esa mirada hacia sí mismo.

Habitar en paisajes y gemas

Pasé tres semanas buscando en los cortos tiempos que tuve para observar a mi alrededor y descubrí que los espacios personales, esos de plenitud e intimidad en los que las personas se acompañan de sí mismas... eran incapturables o invisibles. Vi que yo no tenía mucho tiempo para ver o para buscar estos espacios que habitan otras personas, porque yo misma estoy sumergida en un pequeño espacio perceptual del que no salgo. Veo a las personas, pero realmente no tengo tiempo para observarlas. Cuando salgo, mi cabeza está llena de tareas pendientes por hacer. Cada día paso con la consigna de obtener alguna fotografía. Y no lo

logré; se me esfumó. Así que pensé en aquellas escenas que he visto y las retraté sin los personajes.

También decidí pedir a mi abuela que posara en uno de sus espacios personales mientras jugaba Solitario. Después recordé cuánto ama “sacar a solear sus gemas”; así que traje una fotografía que pudiera evocar esta escena.

He visto a mi madre contemplar los farallones por las tardes y el nevado del Huila por las mañanas. Pero a ella no fui capaz de pedirle que posara, así que tomé una foto de los paisajes que le gusta admirar. A mis profes los he visto fumando solitarios, contemplando el paisaje. Creo que ese acto también es muy íntimo y personal (Laura Rocha Ruiz).



Fotografía de Laura Rocha Ruiz.

Esta señora tiene ochenta años, vive sola y todos los días juega Solitario. Para ella, el juego es una actividad que requiere concentración y seriedad. Algunos días disfruta dándoles baños de sol a sus piedras preciosas que compró en sus viajes a Brasil, Canadá y Estados Unidos. Recuerda a aquel amigo que le enseñó joyería y murió antes de tiempo... Tal vez evoca recuerdos de esos viajes e incluso de las historias en cada joya.



Fotografía de Laura Rocha Ruiz.

Esta es la silla desde la que mi madre contempla los farallones. Alguna vez caminó y escaló esas montañas. Todas los días se queda viendo los atardeceres y los amaneceres. Parece que recuerda con agrado su juventud y los caminos recorridos. Desde su alcoba, durante las mañanas frías, sabe que el nevado del Huila está despejado y como un ritual le toma fotografías y nos invita a verlo (Laura Rocha Ruiz).

Manos sabias que hacen florecer el pasado

El espacio interior que capturé fue el de mi abuela cuidando sus plantas, un espacio que consideraba común en todos los adultos mayores. Pero esta percepción cambió radicalmente al reconocer que cada espacio interior también guarda una finalidad que solo aquella persona que lo construye y lo habita reconoce. Durante su niñez y adolescencia, mi abuela vivió en una zona rural de Boyacá llamada El Cocuy. Su casa era una finca y las actividades que a diario realizaba consistían en ordeñar

sus vacas, alimentar las gallinas, cuidar de un cerdito que tenía como mascota y cultivar la gran variedad de plantas y árboles que a su vez producían los alimentos del hogar.

Ella comentaba que disfrutaba vivir en el campo. Que allí no tenía problemas, la comida sabía más rico y la vida era mejor. Al pasar el tiempo, la situación social que se vivía en el pueblo se volvió poco favorable para su familia y para ella, pues la violencia se hizo cada vez más cercana. Por esta razón, tuvieron que emigrar a la capital y posteriormente mi abuela decidió rehacer su vida en el Valle del Cauca donde actualmente vive.

Sus costumbres y actividades se iban modificando, pero la esencia de la plenitud que sentía al habitar en el campo aún se guardaba al construir su propio espacio interior. Desde que llegó a la ciudad, mi abuela empezó



Fotografía de Diana Rocío Lozano Salazar.

a organizar una variedad de plantas en materas y las ubicaba en un espacio donde no se marchitaran. En la actualidad, tiene en la terraza de su casa y en la casa de un hijo, un espacio para conservar sus plantas, cuidar de ellas y sentirse tan plena como en su niñez. Considero que esta es la forma a través de la cual mi abuela ha logrado construir su propia historia. Hace aparecer el pasado que dejaron en ella los recuerdos y le han dado la esperanza para seguir construyendo un presente y ver florecer un futuro.

Todas las mañanas, mi abuela pasa por su espacio interior y hace de él un lugar propio. Utiliza una regadera o un balde para regar sus plantas, pues comenta que así tenga la mejor manguera a las plantas hay que saberlas regar, con delicadeza y amor. Así mismo, prepara agua de manzanilla, agua de arroz y una tritura de cáscaras de huevo para evitar que se les peguen piojos, crezcan más sanas y la flores no se marchiten tan rápido. Son particularidades que no se pueden generalizar, pues el significado que guarda cada situación conforma la construcción de ese espacio interior (Diana Rocío Lozano Salazar).

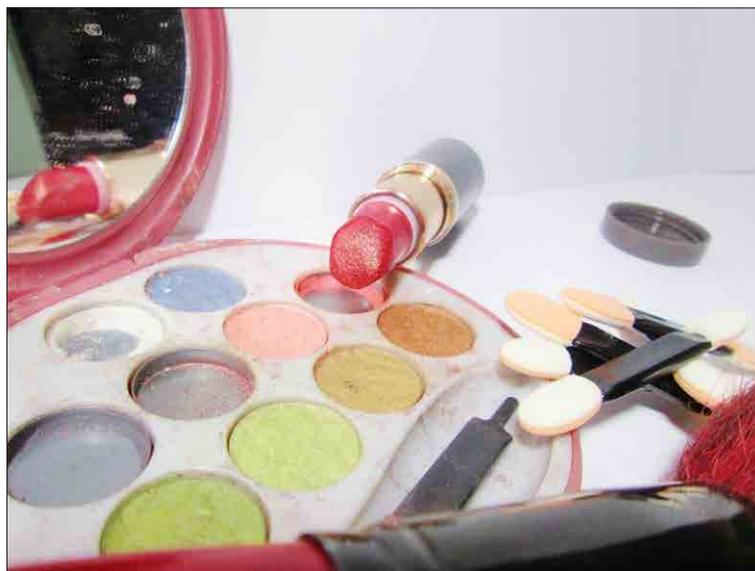
Habitar en el cuerpo y en el color



Fotografía de Catalina Silva López.

Su cuerpo queda envuelto en una fuerza transparente, fría y líquida. El sudor de la experiencia corporal, las venas que emergen de su piel, la

fuerza de su corazón antes imperceptible y la sensación de resistencia de cada músculo y de sí mismo. Al ritmo de las letras de Calle 13, él vive el placer de sobrepasarse y conquistar su propio cuerpo con cada repetición, dejando que la música entre en sus poros y le inyecte rudeza y valor (Catalina Silva López).



Fotografía de Catalina Silva López.

En medio de reclamos de deseos ajenos y en la sutileza de la cotidianidad, ella logra tener el encuentro de sí misma ante el espejo, ante la contemplación y la decisión de cambiar el matiz de lo que ven sus ojos, aquellos que descansan sin prisa y con atención en cada parte de su rostro, precisando la delicadeza del camino que toman las sustancias, lo que transforman al desvestir sus ojos, nariz y labios, el elixir de encanto inmediato, que cubre cic-



Fotografía de Catalina Silva López.

trices metafísicas de anteriores encuentros con lo más profundo de sí misma. (Catalina Silva López).



Fotografía de Catalina Silva López.

Vigilante del papel en blanco, sus dedos se vuelven brochas que distancian y unen los colores en el camino de su conexión compatible. Luego, se extienden y rozan el papel, se derraman sobre él, en una cadencia de movimientos suaves pero certeros, que se detienen cuando descubre en él, al emisario oculto del relato coloreado (Catalina Silva López).

Capítulo II

Las biografías estéticas

*Que no te agarre desprevenida la melancolía, mi niña,
aun si tienes el corazón roto o los huesos fríos por alguna ausencia.*

*No la dejes meterse en ti con tu cabello suelto,
porque fluirá en cascada por los canales que la Luna ha trazado
entre tu cuerpo.*

*Trenza tu tristeza, decía, siempre trenza tu tristeza...
Y mañana, cuando despiertes con el canto del gorrión,
la encontrarás pálida y desvanecida entre el telar de tu cabello.*

Paola Klug

Trenzaré mi tristeza

Memorias hechas de diferentes materiales, palabras, hilos, papeles, sonidos, paisajes, olores, sabores... Fueron en algún momento de la vida, un recurso para dotarla de sentido y avivarla. Incluso, le dieron forma a lo irrepresentable. Aquí se despliegan las voces de los viajeros para guiarnos por las rutas que jamás podríamos haber recorrido sin su compañía.

Libros como puentes

Libros que llevan a los niños curiosos “más allá del mar”, a ese lugar en el que descifraron sus propios enigmas, a ese paisaje elegido para reconocerse; lecturas para dar un salto que los aproximó por un instante a ese adulto que soñaron ser. Los libros también han permitido el tránsito hacia esos lugares en los que ellos construyeron “los esbozos de su emancipación” (Bonnafe, M. citada por Petit, M. (2003, p.71).

Es así como en el territorio de sus páginas se subvirtieron los órdenes establecidos y se encontró el permiso para hacerlo en la cotidianidad. En sus personajes

de novela, apareció reflejado el rostro de la mujer que, tímidamente, se abría camino en un cuerpo que dejaba de ser infantil.

A través de las novelas, se retrató el amor y se dio licencia para vivirlo. A través de los libros, se construyeron maternajes cuidadosos de compartir un sueño amoroso sin imponerlo. En los cuentos de hadas, que fueron pedidos una y otra vez a ver si el final era el esperado, la niña que los pidió noche tras noche, lejos de decepcionarse porque el final jamás cambió, se hizo más fuerte para no aceptar cualquier final impuesto a sus historias.

Fueron los libros compañeros a los que abrazarse para ritualizar el tránsito que supone la adolescencia, el avance hacia tierras remotas, el encuentro con metáforas para acariciar el dolor que traen los duelos; libros para despedirse de la infancia y guardarla en un cajón de objetos preciados al que volver algún día para no perderse de vista.

Los libros dejaron surgir la voz que se atrevió a preguntar lo prohibido. En sus palabras, se hicieron reconocibles las búsquedas más profundas y algunas respuestas se animaron a surgir. Similares preguntas hermanaron a seres que jamás se conocerían, lector y escritor ya no volverían a estar solos.

Siempre me preguntaba qué había más allá de las montañas de Cali. “El mar”, decía mi mamá, pero yo continuaba con obstinada insistencia: “¿y después del mar?”. Mi madre siempre argumentaba la existencia de continentes. África, Asia, tierras donde no llegaba el español. Para mí, todo eso era fascinante y, por supuesto, los relatos de mi madre no iban a satisfacerme, tampoco las fotos de aquellos lugares. Me prometí a mí mismo visitar Japón algún día. No lo he logrado aún —al menos no físicamente—. He tenido que conformarme con la literatura de aquel país.

Y mejor decirlo de una vez. La lectura fue desde muy temprana edad, una de mis mejores acompañantes y tal vez el rasgo heredado de mis padres que más agradezco. Aprendí a leer antes de ingresar al colegio; mi madre me enseñó. Mi papá me prestaba algunos libros que yo devoraba sobre todo si tenían alguna temática oriental. Recuerdo a mis diez años haber iniciado la lectura de Shogun de James Clavell, un libro enorme para mí en aquellas épocas. Tardé mucho en terminarlo, pero lo considero fundamental para mi historia literaria. Era una biografía del Japón de primera mano, de alguien que lo había visitado.

Por aquellos días hacía mucho que había dejado de leer romanticismo. Ahora leía a Kafka, a Ciorán, a Baudelaire, a Verlaine y a Rimbaud, tonos amargos de la escritura, en quienes encontraba lo único sincero en el mundo. Creía que ellos ya habían estado más allá del Sol, del horizonte. Habían vuelto para escribir sus experiencias, cómo era la vida más allá de la conciencia, cómo era la vida más allá de la perfección. (Juan Fernando Aguilar Cárdenas).

El viejo escritor

El viejo sabio no encontraba la palabra precisa para terminar su relato. Era la historia de su vida convertida en prosa, con algunos rasgos poéticos. Se encontraba cerca de la muerte y le era menester dejar obra con la cual ser recordado. Las palabras y las frases nunca le fueron esquivas, pero ahora, al final de su relato, la precisión parecía abandonarlo.

No le faltaba una sola palabra, propiamente hablando. Su relato exigía aún muchas hojas más, pero él estaba convencido de que para dar entrada a lo que quedaba de su historia era imprescindible una palabra, una sola, que abriera la puerta a las demás, la directora que llevaría a buen término su ambición. Desesperado por esta ausencia literaria, el viejo probó la escritura en otras lenguas. Trató de buscar la inspiración bajo la influencia del vino y la música, pero todos sus intentos terminaron en fracaso. El viejo sabio, artífice de obras glorificadas por los eruditos de las letras, creía encontrarse a las puertas de la inmortalidad con esta, su obra máxima, pero el Parnaso parecía no querer recibirlo en su seno.

Una noche, frente a su escritorio, el viejo decidió hacer algo que nunca había creído necesario en toda su vida de escritor: releer toda la obra buscando errores o acaso inspiración, párrafos que otorgaran alguna posible idea. Ya hemos dicho que esta obra era la historia de su vida convertida en prosa, y como tal lo ya vivido le había resultado fácil de escribir, no le suponía un desafío, no era ficción. Él comprendió esto. Habiendo escrito hasta el ocaso de su vida, no podría escribir un final que no había existido aun, al menos no escribirlo como tradicionalmente lo hacía, exaltando y poetizando una realidad. Su final debía ser creado

enteramente por él y no por la muerte, la invención del cómo terminarían sus días era el modo de adelantársele, de terminar su obra.

Su cuerpo se deterioraba conforme pasaba el tiempo mientras escribía fervorosamente. Escribía finales gloriosos espada en mano; otros finales eran trágicos, degollándose desesperado frente a un espejo; otros los retrataba como algo tranquilo, como las hojas que se lleva el viento. Pero sentía que debía darse prisa o su final no sería escrito por él, dado que cada vez le costaba más que pluma y tintero coincidieran. Sus manos temblaban al apoyar su instrumento sobre el papel; su cometido era interrumpido por fuertes ataques de tos que expulsaban algunas gotas de sangre y manchaban las hojas.

A pesar de haber comprendido el porqué de su falta de fluidez en el momento indicado, se encontraba con decenas de finales que no le convenían. Creía que ninguno haría justicia a su imagen, a su vida de sabio y reconocido escritor. Si dejaba uno de los desenlaces ya escritos no estaría satisfecho y no se entregaría al abrazo de la muerte con tranquilidad, por lo que la única solución que cruzó su mente fue la de continuar escribiendo y escribiendo, buscando alguna nueva palabra precisa y directora que desencadenara una conclusión llena de gloria, algo digno de ser eterno. De este modo, el viejo sabio retomó la pluma, decidido a no parar hasta concluir de una vez por todas.

El viejo se encontraba sentado con la cabeza desplomada sobre las cientos de hojas que había escrito. La obra tuvo conclusión, pero solo él sabría decir cuál de los tantos finales que había tenido para sí era el correcto para ser anexado a su creación. Eran solo unas pocas palabras escritas antes de abandonar la vida: “Al final, sabía que moriría escribiendo” (Juan Fernando Aguilar Cárdenas).

Tenía siete años y le pedía desesperadamente —casi agonizante— a mi madre, que me comprara un cuento infantil. Pasábamos por una librería del centro en plenos años noventa, adornados de las pintas colorinches de los transeúntes, y un hermoso libro de pasta azul llamó mi atención. La nochebuena, de Clement Clarke Moore, fue mi primer libro. Recuerdo cómo en una ocasión fingí leer el libro para impresionar a una niña que

estaba sentada a mi lado en la sala de espera de un hospital. La niña quedó impresionada y quedé con fama de cuentera ante la mamá de la niña. Ese libro aún yace en mi mesita de noche.

En mi pubescencia, recuerdo un libro con especial agrado *Días de terror*, de Diana Shaw. Fue un libro que pidieron en la lista escolar (por error) y nunca nos pidieron leerlo. En mis vacaciones, para luego entrar a sexto de bachillerato, decidí embarcarme en la lectura de ese libro. Y fue un buen viaje. Al lado de Carter (la protagonista), me encontré



Fotografía de Catalina Ballesteros.

conmigo misma en una habitación. Me encontré con una mujer, que dejaba de ser niña para sentirse atraída por otros seres. Una mujer que comenzaba a comprender el ciclo lunar de la feminidad, de la belleza de un vientre fértil, de la rozagante piel llena de sangre. Fui consciente de la grandeza de la sangre. Recuerdo con agrado un capítulo del libro en el que Carter se describe físicamente y después relata la experiencia de ser maquillada por otra muchacha. Esa sola experiencia corpórea de reconocimiento del cuerpo, de la sensación del pomo de los polvos compactos en la piel, del espejo reflejando a una Carter “bonita” no reconocida por sí misma, me hacía sentir extasiada. Yo no sé qué se siente tener morfina en el cuerpo pero debe sentirse así, como me sentía leyendo ese capítulo (Paula Andrea Pastrana Cuéllar).

Entonces recordé aquel libro que dejé en la estantería para que el polvo lo envolviera y las polillas lo besaran dejando huequitos en sus hojas. Aquel personaje de ese libro me había enamorado muchos años atrás. El principito, ese príncipe valiente al que muchas veces imaginé al lado del zorro y regando su flor (Sandra Viviana Mantilla Loaiza).

Toda la vida me dijeron que el amor era algo bonito, pero que solo era de adultos, pues los niños y los jóvenes “adolescentes rebeldes” como los “grandes” nos decían en aquella época que recuerdo... decían, que nosotros sólo nos gustábamos y ya, que era algo muy superficial. Con todo eso y las historias de amor que aparecían en la tele, que mi mamá y mis tías me contaban, siempre fui muy enamoradiza, pero no lo suficiente para pasar al ámbito de la realidad, eran más bien fantasías en las que encontraba a ese príncipe azul de ensueño, del que tanto hablaban los cuentos de hadas... Pero la forma en la que decidí asumir mis sentimientos, fue un poco más gratificante para mí, al final no encontré al príncipe azul, más bien era algo así como un sapo de pantano que después se convirtió en aquello que siempre estuve buscando (Valeria Farah Caicedo).

Mi madre es de relatos. Siempre está contando historias y anécdotas acompañadas de risas. Es una mujer muy alegre. Vive rememorando su infancia, pues a pesar de las dificultades económicas, tuvo una infancia infinita que todavía recuerda como si fuera ayer. Creo que esa particularidad la he recibido como herencia, pues recuerdo con claridad muchos momentos de mi infancia con mi familia y mis amigos. Aunque no los tengo todos en mi memoria, ella se ha encargado de recordármelos. Mi padre es más bien callado, pausado, pero muy servicial. Siempre busca ayudar a los demás.

De la infancia, mi madre dice que me gustaba mucho que me leyera el cuento de Caperucita Roja y cuando terminaba yo la acosaba con un “dígame más” (en esas palabras). Aún no he logrado descifrar qué me gustaba de ese cuento. No tengo claridad con quién me identifico más, si con Caperucita o con el lobo; creo que tengo algo de los dos. Pero el “dígame más” me lleva a pensar que el final no me satisfacía, incluso cuando lo leo ahora. Mi madre también me cuenta que cuando estaba cansada y mis hermanas estaban en el colegio, era fácil irse a reposar o tomar un descanso. Me decía que se iba a acostar y según ella, yo me quedaba jugando a su lado sin hacer mucha bulla para que pudiera descansar.

En esa medida, entiendo el papel tan importante de mi madre, mis hermanas, mi abuela, mis amigos y el resto de mi familia, que me ayudaron a ser quién soy ahora, pero más aún a que la insatisfacción a las respuestas simples o a los finales cortos me lleve a estar en una continua búsqueda del ser, sin punto final, pues creo que siempre estamos en continuo crecimiento y en constante cambio.

Por consiguiente, los relatos de mi madre acerca de su infancia y de la mía, son una transmisión y actualización de la memoria, aunque aclaro que, como sujeto, construí una propia a partir de la experiencia y del sentido que le atribuí a cada situación. Freud señalaba que en la memoria se conserva información o recuerdos que pueden llegar a ser preponderantes por el compromiso que el sujeto les atribuye, ya sea por el hecho mismo o más aún por lo significativos que fueron. En ese sentido, Michel Petit habla dice que cuando se trata de los relatos que otros hacen, cada sujeto hará su propia interpretación, ya sea que se identifique o no con ellos. Entonces, construirá su propia historia. De

este modo, los relatos de mi madre complementaban la información que ya tenía, aportando así a la construcción de mi historia de vida.

Cuando mi madre me leía cuentos o mi abuela novelas, siempre en cada historia el final ya estaba concertado. Como una consigna, el lector y su audiencia no tenían posibilidad alguna de imaginarse otro y aunque se lo imaginara, se sorprendería con un final ya hecho, ya pensado por otro, de acuerdo con sus pensamientos o su imaginación. De esta manera, se obliga al lector a no tener otra alternativa. Para mí, en Caperucita Roja había una rebelión a esa consigna; creo que no había posibilidad de que una historia tuviera un solo final; o, considerándolo mejor, que los personajes quedaran estacionados o estáticos como una fotografía. Por eso creo que la apuraba con un “dígame más”, tratando de que la historia continuara, se ensanchara y no quedara encerrada en un celda. Se trataba de ampliar las fronteras del conocimiento, conquistarlo con la imaginación, darles vida a los personajes más allá de la fantasía.

Con mi abuela doy continuidad a ese placer de leer con una figura materna, en otra etapa de la vida: la adolescencia. Para la realización de una mujer es muy importante el acompañamiento materno. Esta relación madre hija ayuda a entender los procesos por los que se pasa durante los ciclos vitales y también las nuevas relaciones que nos abrazan. Mi abuela ejerció un tipo de maternaje. A través de la literatura



Fotografía de Janeth Ospina Botero.

nos embarcábamos en historias de vida más reales. Ella me contaba de su amor de adolescente y aunque no fuera una historia feliz la contrastaba con el amor de Efraín y María. Lo bueno de este contraste era la posibilidad de entender que el amor podía tener múltiples caras. No solo el romanticismo perfecto e idealizado, sino también el amor que no era placentero. Aunque creo que en mi obra de manera diferente, el amor tenía que ser revelado, tenía que ser una búsqueda propia. Otra vez me liberaba de la consigna y me dirigía a la búsqueda de un amor más sublime, más completo, más narcisista. En la poesía, como en la literatura, nuevamente me encamino a conquistar el enigma, pero esta vez con experiencias más reales, más cercanas (Janeth Ospina Botero).

Palabras que son espejo, ruta y conquista

Hay quienes afirman que escribir tiene los mismos componentes de una aventura, pues es atreverse a entrar en un bosque prohibido, romper filas y ganarle a la vida un territorio de libertad.

Al escribir, también crearon mundos propios en los que resultó posible reconocerse y hallaron un lugar para asumir, a través del lápiz y el papel, la fuerza transformadora que tienen las palabras; fuerza que en ocasiones le hizo frente al dolor y que retrata Almeida (citado por Petit, 2009) en esta bella frase:

A través de las historias tratamos, en algún lugar del corazón, de domesticar el sufrimiento. Un relato es siempre el relato de una búsqueda (...) si puedo contarme lo que he perdido, quiere decir que he encontrado una forma distinta de tenerlo para siempre (p.126).

Las palabras han obrado también como abrigo, como presencia en la ausencia. A través de ellas, el dolor tuvo una forma posible de ser contemplado. De su mano se vio cambiar su presencia devastadora por una que dotó de nuevos sentidos a la vida.

En la escritura existió un escenario para el miedo, para el deseo, para la esperanza y la desazón. Y sin riesgo de quedar sometidos a su arbitrio, se aceptó su cercanía, pero también se decidió cuál sería su sentido.

En la vida dinámica de la escritura, afloró una existencia cambiante, contradictoria, humana. Frente a ese reflejo camaleónico, la narrativa tejió continuidades

y ofreció unidad a la identidad de estos escritores, que emprendieron el reto de mirarse en las palabras.

[...] diré, eso sí, que sigo deseoso de escribir, y aun cuando todas las artes fallen, cuando los astros estén nublados por la duda y el miedo, tendré el idioma escrito para continuar hacia senderos despejados (Juan Fernando Aguilar Cárdenas).

Cierto es que era un día, una hora cualquiera de la mañana. No sé muy bien el momento, pero sí recuerdo estar parado a discreción en una fila como niños soldados. Cómo no ser así, si pertenecíamos a un colegio de padres franciscanos y celebrábamos el día de la raza. Hasta ese momento todo fluía como cualquier otro día. Estaba vestido de colono y todos los estudiantes nos dirigíamos hacia la capilla del colegio, pues era el lugar preferido por los curas para estas fiestas. Hasta que con dos buenos amigos decidimos romper filas y salir corriendo en dirección desconocida. Era un colegio gigante para mi pequeño cuerpo de niño, campestre y con muchos árboles y caminos. De repente, nos perdimos en aquel lugar. Así fue.

Como corrimos sin dirección tratando de escapar de las líneas de la alienación de nuestro colegio, nos dirigimos a nuestro propio camino. Empero, cuando paramos no sabíamos en qué lugar estábamos. Empezamos a buscar las caracolas que se posaban en las orillas del riachuelo. Nada podía ser más divertido que encontrar la más grande y alardear frente a los demás diciendo que se era el mejor cazador. Era como encontrar un tesoro en medio del oro. Nos quedamos en este sitio por algún tiempo, corriendo y saltando una y otra vez hasta que vimos a lo lejos algo que se acercaba...

La escritura es un espacio incierto, desconocido, que nos permite divertirnos y correr como niños y por momentos encontrarnos con aquello que nunca creímos posible hasta que lo vemos de cerca. También saber que llegado el momento se torna angustiante y sin fin, se pasa por soledades y espacios abiertos que nos muestran la nada que hay delante del todo. Aunque vayamos acompañados, como con mis dos amigos, solo

nosotros comprendemos lo que percibimos y así lo escribimos (Andrés Corrales Castro).

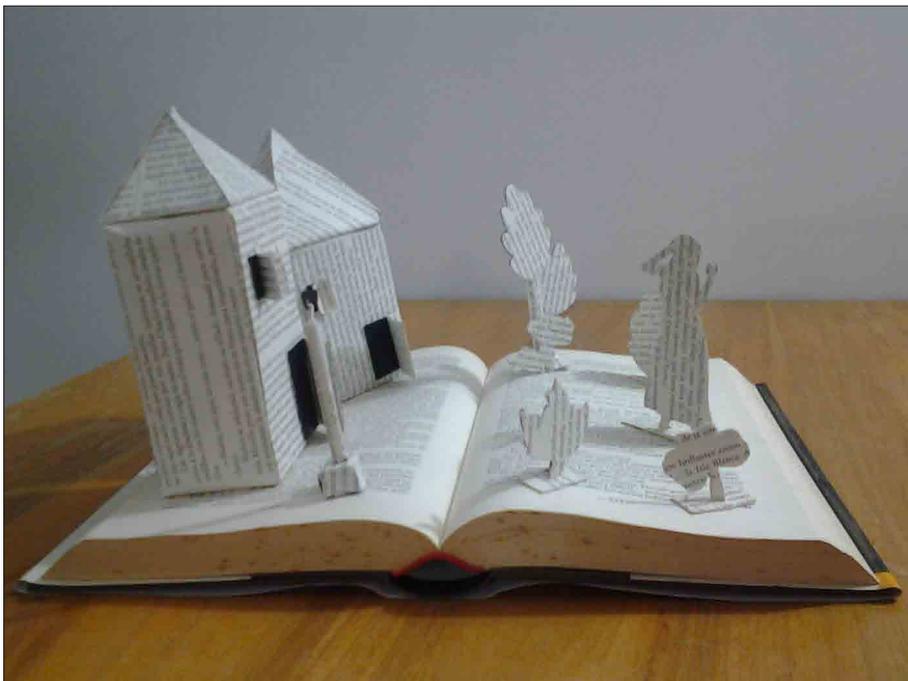


Fotografía del álbum familiar de Andrés Corrales Castro.

En un principio fueron minucias, acontecimientos que si bien podían ser simples no eran al azar. En aquella época, cuando aún era una niña, me regalaron mi primer diario. Escribía, entonces, lo que hacía durante todo el día. Cada detalle, cada momento, cada lugar al que iba, cada cosa que hacía, pero, sobre todo, cómo me sentía. Así que los sentimientos que guardaba y que callaba por fin hallaron un destino. Ahora puedo decir que estoy hecha de letras; soy la prosa y el poema. En mis brazos hay relatos, cuento y novelas (Marcela Escobar Ocampo).

Ella cargaba siempre un saco lleno de palabras. Siempre intentaba usarlas, pero el nudo del saco era tan fuerte que no podía desatarlas. Aunque siempre estaba acostumbrada a cargarlas, cuando las otras personas le hablaban ella no podía utilizarlas, pues estas permanecían siempre guardadas.

Un día se abrió la tierra y apareció un hada. Ella, asombrada pero entusiasta, cogió un cuaderno que sus manos llevaban. Lo abrió y supo que tenía que pegar en las hojas sus palabras. Entonces, usó todas sus fuerzas y de repente, pudo liberarlas. Las palabras empezaron a salir emocionadas, pues ya estaban



Fotografía de Marcela Escobar Ocampo.

cansadas de estar por tanto tiempo encerradas. Empezó a pegarlas una a una hasta acomodarlas por fin en cada hoja.

Pero un día llegó el ladrón de sentimientos y se llevó su cuaderno, sus hojas, sus palabras. Ella, completamente triste, se tendió a llorar bajo la almohada. Después de tanto llorar y de lamentar haber sido robada, escuchó de pronto una voz que la llamaba. Miró a su alrededor pero no veía nada. hasta que abajo, en el suelo, vio aquella palabra.

Al juntar sus letras, que estaban un poco desordenadas, pudo leerla: “esperanza”. Entonces, inmediatamente tuvo una idea. Se pegaría todas las palabras al cuerpo y así el ladrón de sentimientos jamás podría robarla.

Empezó a pegarse las palabras que rodaban por el suelo, pues unas cuantas se habían salvado de ser robadas. Las pegó en sus brazos, en sus piernas, en sus dedos, en sus mejillas, en sus pies, en su vientre y en su espalda. Y así, cada palabra que encontraba y le gustaba, en su cuerpo la pegaba. Y ya cuando no había más espacio, tuvo que tapar otras palabras, pero a ellas no les molestaba.

Así fue como ella misma se inventó otra palabra; la más fuerte, la más exacta, la que se crea cuando todas se unen y forman el lenguaje que proviene del alma (Cuento de Marcela Escobar Ocampo).

El comienzo de todo fue cuando supe que las letras existían no solo para escribirlas, ni mucho menos para hablarlas, sino para crear mundos mágicos. No solo creados como fantasía, sino como la esperanza de un ser puesta en una hoja de papel. Desde muy pequeña me interesé por los cuentos, interés que en mi iba más allá de leerlos. Eran un refugio; eran la posibilidad de permitirme crear mis mundos en papel y dejar que la imaginación me permeara de tal forma que pudiera salir del mundo real. Con este inicio, quiero decir que desde que comencé a leer y a escribir, fueron esas dos cosas parte fundamental en los momentos más duros, tristes y nostálgicos, pero así mismo aquellos en los que el éxtasis abundaba en mi ser.

Al mencionar mundos mágicos expuestos en una hoja de papel, se expresan la esperanza y el refugio como formas de crear mundos posibles

que sublimen de alguna manera las sensaciones que muchas veces no son expresadas, así como la imaginación, que será vista como soporte de vivencias que marcan la subjetividad y te hacen parte de un submundo interior de la realidad tangible. Dentro de los elementos están el lápiz y el papel, importantes para que pudiera plasmar, expresar, y de esta manera leerme y encontrarme como una alusión al reflejo que aparecía en la constante búsqueda de respuestas (Diana Ximena Parra Montaña).

No existe...

Aquellos ojos, aquella boca, aquella sonrisa son los mismos de siempre. Tus ojos son los mismos en forma, color y tamaño. Pero en cuanto a mi percepción se refiere, ellos ya no miran; solo ven. Y tu boca, tu boca en su forma, textura, color y tamaño es igual. Pero lo que mis oídos escucharían de ella sería réplica, reproducción de otras bocas, de otras lenguas, de otras....

Y tu sonrisa es la misma. El problema es que aquel encanto particular, aquello que mitigaba lo que sucedía a su alrededor ha sido suprimido. Por eso, si algún día me dices "soy el mismo de siempre", te responderé: tu estructura física y tú, fisiológicamente, puede que no hayan cambiado mucho, pero lo que significas, lo que sentía, lo que percibía de ti, no solo ha cambiado; ya no existe. (Diana Ximena Parra Montaña).

Calles...

Calles que hablan por sí solas. Cuentan historias de gente que las transita a diario. Calles que han visto sangre, llanto, risas, vida y muerte. Calles que contemplan día a día el afán de las mañanas con sus protagonistas; ellos, los de pieles. Pielles transeúntes, pieles divagantes, pieles que más que pieles son almas. Almas que transitan como autos, pero que reposan en estas calles que cuentan en el silencio lo que no será escuchado. (Diana Ximena Parra Montaña).

Fue un día de clase como todos. Mi profesora nos puso hacer un taller mientras revisaba la tarea. Cuando recibí mi cuento calificado, había escrito sobre él: “Te felicito. Tienes un don muy hermoso que Dios te ha regalado. Nunca lo dejes perder”. A partir de ahí supe que escribir era más que eso. Se convirtió para mí en un don que no iba a dejar perder y más bien a cultivarlo mucho más.

A partir de ahí, comencé a tener mi propio cuaderno de historias. A medida que iba creciendo, las historias se hacían cada vez más sustanciosas. Pasaron de ser mis fantasías y mi imaginación a ser mis sentimientos, mis pensamientos y mis deseos. Tuve una época en que me veía sumergida en la tristeza; sin embargo, debo reconocer que ello ayudó a fortalecer mi don. Desde ese momento, mi cuaderno de historias se convirtió en mi desahogo, en ese silencio para escuchar lo que siento y en un cómplice. En él, podía plasmar en secreto todo lo que deseara sin reproches. Puedo decir que gracias a mi cuaderno pude sobrellevar esa tristeza que llegué a sentir. Mi terapeuta fue el papel.

Han pasado varios años desde aquella época y aunque mis escritos se han transformado, sigo conservando mi cuaderno con el mismo propósito: plasmar en él todo sentimiento o pensamiento que llegue a surgir en mí. Lo que ahora plasmó es metafórico. Palabras que pueden entenderse de muchas formas, pero que solo significan una sola cosa. Nadie ha llegado a abrir mi cuaderno ni mucho menos a leerlo. Es algo que guardo y cuido con recelo, pues siento que si lo llegaran a leer, sería como si me desnudara. Soy yo misma quien está plasmada en cada palabra escrita.

Mi don y mi cuaderno son un complemento. Quizá sea un cuaderno pequeño, a puño y letra, con dibujos y colores, pero es algo muy importante en mi vida. Me ha hecho una persona sensible que ve la vida como una metáfora. Me ha dado a conocer cosas de mí misma que antes no sabía y que aún sigo descubriendo. No dejo de escribir; el papel sigue siendo mi terapeuta y cada vez que escribo, saco lo que tengo guardado y me siento renovada (Laura María Díaz Jiménez).

Sentir

Días después, el sentimiento trasladó sus acordes.

A veces se mecía entre el viento de las palabras.

En la noche procuraba cantarle a tus sueños

y luego se abalanzaba en tu frontera en horas de alborada.

*Encuentra descanso en aquella ventana azul.
Prefiere apreciar el calor de tus manos antes que descifrar.
Un sentir que se cala en cada golpe de mi pecho.
Tinta de un corazón.
(Laura María Díaz Jiménez. Agosto 18 de 2014).*

Una mujer

*Hay una mujer que no se escapa de mi vida.
Tan presente como el Sol, pero tan esquiva como el viento.
A veces solo te imagino contándome un poco de tu vida.
Me basta con saber que eres parte de mí,
y aunque hace poco permití acceder a tu recuerdo,
es posible saber que tu ausencia ya no duele como antes.*

*La imaginación juega suave conmigo;
pero es inevitable no derramar lágrimas en ocasiones.
Aunque huele diferente, me huele a tu sonrisa.
Nunca me he permitido olvidar quién eres.
Me negaría a mí misma si no contemplo
la grandeza que hay sobre tus pupilas.*

*Tampoco es necesario que me repitas que estas ahí
o que te disculpes por no tener oportunidad.
Ya me contaron que diste tu vida por mí.
En mis sueños apareces como pretendo conocerte.
Aquí estoy y tú lo estás, tan unidas como siempre lo esperé.*

*Tú no eres palabra sino significado para mi vida.
Te impregnas en todo lo que hago y en todo lo que soy,
porque en cada camino la esperanza vive.
Te hallo de la forma que solo tú y yo sabemos;
entre la naturaleza o las voces que rodean mi mente.
Hay una mujer a la que yo llamo mamá,
porque nunca estaré sola
(Laura María Díaz Jiménez. Agosto 18 de 2014).*

*¿Qué es la libertad? Para mí, la libertad está orientada a la posibilidad
de expresarme, contemplar la armonía de mis sensaciones y sincronizar*

el pensamiento con mis sentidos y corazón, para entrar en un trance en el que me elevo y me dirijo hacia un cielo invadido por letras que bailan cada vez que mis inspiraciones aparecen en mi alma.

¿Te ha sucedido alguna vez que suspiras, al tiempo que imaginas una hoja de papel frente a ti llena de colores y palabras acomodándose para expresar lo que estás sintiendo o pensando en ese instante? Constantemente, eso es lo que me pasa. Cada vez que algunos de mis sentidos se deleitan con un estímulo tan grande que lleva mi inspiración a volar, aparecen maravillosos momentos de placer que traen paz y libertad a mi vida.

Con mi escritura hallo otra forma de pensar, de concebir, de representar y de simbolizar. Logro independencia, creación, creatividad y respeto por lo que ella merece y por ende, la que yo merezco. La sitúo en un lugar privilegiado de mi vida, de mí ser, de mi corazón, de mi mente, de mi interés y de mi espíritu. Creo un mundo nuevo. Toma otro sentido mi vida cuando extrapolo e intento relativizar lo negativo de mi vida. Entiendo así, las dinámicas de la vida y las exigencias que cada vez el mundo demanda de mi vida.

Es la oportunidad del conocimiento de sí mismo, de comprender su subjetividad. ¡La historia y la idea que tiene de sí mismo es una narración! En pocas palabras, somos arqueólogos de nuestra existencia y de nuestro mundo. Exploradores de mil posibilidades y realidades, nuevos significados y formas de pensar.

A su vez, da cuenta de lo dinámico de nuestra identidad, pues cada día se transforma: contamos lo que somos y lo que vivimos. Por medio de la escritura o de la narración, creamos lenguaje y existencia que da sentido a nuestra vida. De esta manera, cuando hay una fractura de aquella repetición en lo realizado o dicho por nosotros, nace la posibilidad de crear, de soñar y de cambiar, garantizando así el sentido de la experiencia sobre cosas significativas.

Puedo volver al pasado y después irme al futuro contemplando el presente. Puedo darle sentido a aquello que se mueve en mi interior y desea salir para encontrar paz. Puedo valorar por ello, cada instante de mi existencia, organizar y tener un control en mi vida, en mis actos, construir algo diferente a partir de lo considerado destructivo. Puedo llevar una secuencia de cada uno de los eventos significativos para mí.



Fotografía de Marisol Pazos Guevara.

No solo acudo a lo intelectual, sino que también me sintonizo con los gritos y susurros de mi interior. Ver el mundo a través de otro lente. Puedo al mismo tiempo, darle el valor a las personas que han regalado su voz para constituirme. ¡Puedo contemplarme, pues existo para mí! Vuelvo a recibir mi propio reflejo (Marisol Pazos Guevara).

Asimismo fue cuando empecé a escribir poemas. Escribía sobre lo que pensaba, sobre lo que sentía, sobre muchas de esas emociones a veces desorganizadas en mi mente que solo podían tener forma cuando las escribía.

En su segundo momento, la escritura incluye un arte de releer y este releer guarda en sí mismo el disfrute, puesto que una vez terminado el escrito puedes entregarte al placer que ofrece tomarte como un lector

que no se siente ajeno a lo que lee, sino que lo siente como algo propio, algo que, desde su abstracción, pudo convertir en un arte. Además, el releer sirve también para repensar lo que escribiste; es decir, funciona igualmente como un acto reflexivo o como algo que permite mejorar tu escritura.

En mi caso, la escritura permite una construcción de sentido, una expresión de la realidad y una reescritura de ella en cuanto construyo una versión y la transformo por medio del arte. Para mí, las experiencias dolorosas no dejaban de serlo por la escritura, pero lo que sí podía hacer era confrontarme a través de las palabras, asimilar una realidad que, aunque dolorosa, podía extender por medio de mis escritos. En este sentido, reconozco que la experiencia de la escritura no es un ejercicio placentero todo el tiempo, porque cuando aparecen las emociones escribir sobre ellas es displacentero. Pero al final podrías ver que el dolor tenía forma, que podía volverse arte. Por eso, otro recurso psicológico empleado en la escritura es el poder transformar la realidad.

Es importante describir esos dos momentos de la escritura, porque no solo basta escribir. Un primer momento es aquel cuando plasmas lo que sientes, lo que quieres decir, utilizando las palabras que deseas, haciendo un juego de frases y párrafos que tienen un rumbo, el cual se encuentra encaminado a terminar de decir lo que quieres. Cuando se tiene una idea, ya se sabe cuál es su final. Lo que hay que hacer es descubrir cuál es el camino, es decir, los diferentes elementos que se van a utilizar para llegar a eso que quieres expresar. Sin embargo, otras veces simplemente asientas el lápiz sobre una hoja de papel y te brotan ideas. En este sentido, la escritura permite por un lado, expresar lo que a veces explícitamente se siente, y por otro, develar aquello sobre lo que uno no puede razonar ni quiere saber con exactitud qué es, pero que la escritura te pone en frente, te deja saber, te permite descubrir. Por ello, es un recurso que por excelencia es un medio expresivo, un medio que aunque con reglas claras (gramaticales, sintácticas), te ofrece libertad.

La experiencia estética de la escritura me permitió expresar mis emociones, darles un sentido, elaborar historias, tener un lugar propio, un lugar para ser. Esto me hace recordar el libro *Álbum de esconderse en un rincón del mundo*, de Jimmy Liao, en el que el personaje busca un lugar de encuentro consigo mismo, un lugar que se caracteriza por un mundo colorido y reinventado a partir de la imaginación, que

termina por ser su enlace con la realidad, pues aunque se refugia en él, se convierte en un lugar de paso, por lo que posteriormente regresa a la realidad con la tranquilidad al menos de saber que existe ese lugar para sí. Asimismo, entiendo mi experiencia estética como aquella que me permitió tener un lugar propio en lo que muchas veces fue un caos. Me permitió tener palabra en aquello que me parecía difícil comprender y expresar. Finalmente, me permitió una comunicación con otros, se convirtió en un motivo de orgullo que marco una historicidad. Cuando hablo de historicidad, me refiero a que con cada escritura he construido y elaborado una parte de mi historia significativa; dice algo de mí, de mi vida, de lo que he cambiado y de lo que no. En este sentido, se encuentra su materialidad, su forma, su molde, el molde, el molde de lo abstracto, de lo que se ha podido expresar por este medio y no por otro.

Todos mis escritos finalizan con la firma “Luna”, y en todos aparece este sello como aquel que me ha permitido construir con palabras algo bello, tal como el seudónimo de quien lo escribe. Así pues, este elemento simbólico aparece ligado al sentido tanto como la expresión estética, lo cual me ha permitido el paso del sinsentido a la transformación y la elaboración de un sentido propio, único, singular, especial y diferente, pues es en él busco encontrarme a mí misma, reconocermé y afirmarme, conectándome con mi realidad y construyendo a partir de mi propia creación, de mi creatividad.



Fotografía de Diana Ruiz Rodríguez.

Por último, el arte te ofrece una experiencia que toca el alma y el corazón y permite que un sujeto encuentre un lugar para sí; un lugar para pensar, para sus emociones y sus sentimientos (Geraldine Calderón Ramírez).

Músico

Músico de pequeñas noches oscuras, aquel músico poeta que escribe las notas de su vida, de su libertad, de sueños marchitos del pasado, de sueños mejores que aún después construyo.

De tristezas elocuentes, de alegrías locas, de rutinas enloquecedoras, de amores y desamores, de atracciones plenas .

Él, que probó el sabor de las palabras, del sonido entre sus oídos (Geraldine Calderón Ramírez).

A media noche entre tu oscuridad

Más que nadie intento conocer tu lado oscuro, aunque pretendas que no lo haga. Voy desnudando hasta los últimos recovecos de tu alma, en la profundidad abismal de tu ser donde otros se perderían.

Estás lleno de tinieblas que van rodeándote, pero se hacen a un lado esfumándose dócilmente ante una mirada de mis ojos, ante una frase de mi boca.

Yo sé que ya no puedes cubrirte, que te desvisto sin contemplaciones, dejando caer poco a poco los velos de tu enigmática personalidad (Geraldine Calderón Ramírez).



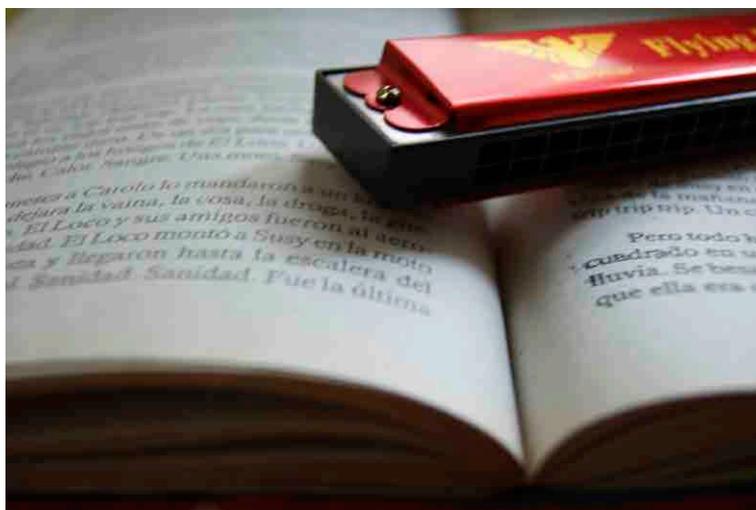
Fotografía de Diana Ruiz Rodríguez.

Mujer de los labios de seda

Mirad en los espejos que del techo cuelgan para que veas mi retrato abrazando la verdad esculpida por mis manos en noches de llanto, sin lunas ni estrellas, con los ojos escarchados de tristezas púrpuras, acompañada de soledad que me sonríe y besa mis huesos fríos
(Geraldine Calderón Ramírez).

Pienso inmediatamente en la literatura, en la escritura, y por ende, en el valor que se le da a la palabra hecha letra, ya que me permitió de una manera fácil, expresarme a lo largo y ancho del tiempo de distintas maneras, versiones, colores y demás. Con respecto a la necesidad de escribir y dejar plasmado todo aquello que rodeaba mi ser, pienso que al no ser fácil expresar lo que se siente resulta posible plasmar textos impregnados de aquello que no se dice o no se puede decir. Recuerdo que solía escribir poemas a mi abuelo fallecido, por el simple hecho de sentir que podía expresar sentimientos. No era un mundo aparte, sino simplemente mi manera de comprender la realidad y del mismo modo rescatar aquello que me era importante.

En mi caso, al momento de saber leer y escribir sentí fluir la literatura, a comparación de otras manifestaciones que pudieron también



Fotografía de Laura Posada Marulanda.

haber fluido, pero no me permitieron la libre expresión de emociones momentáneas e ideas generales con respecto a las cosas que pasaban a mi alrededor. La comprensión y el poder de la palabra —una “magia” que camina— me llevó a querer rescatarla de mi mente y plasmarla en cosas que podría ver y recordar; o como experiencias que no se desean olvidar (Laura Posada Marulanda).

La alquimia del encuentro

Mezclar elementos prohibidos; seguir el propio instinto y no la norma; escoger con dedicada obstinación los ingredientes, charolas y platos, rituales que parecen actualizar la ancestral sabiduría de lo femenino, esa que hizo de los rincones cotidianos —como la cocina— escenarios donde la magia de la vida pudo habitar. Dueña de esta magia, la alquimista está preparada para el amor. Sabe de aromas y sabores por los que puede viajar el deseo.

La cocina también fue lugar de tránsito para materner. En los dulces ingredientes, el pasado y el presente encuentran ese olor, ese sabor común que fue tibio cobijo y por eso hoy abrigan.

Alrededor del chocolate o el café, vemos tejer vínculos profundos, comuniones, expresiones afectuosas que no pasaron por las palabras; sorpresas cotidianas que le dieron a la rutina de la vida un valioso encanto. El calor de esas tibias tazas parece traer consigo el abrazo alentador de ese ser querido que ya partió.

Ahora que miro en retrospectiva estas experiencias, comprendo que la cocina ha sido ese “espacio personal” por el cual he luchado con obstinación desde la niñez. Fue mi primera conquista, pese a todos los obstáculos.

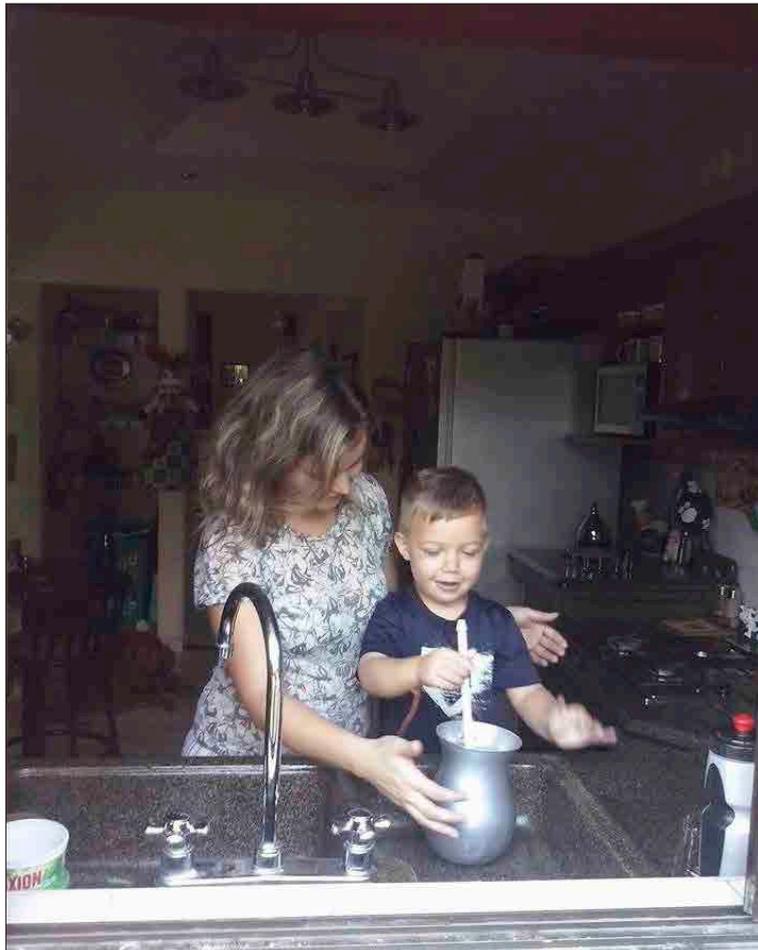
En esa lucha forjé mi identidad; en un pequeño rincón de una gran casa, en la desobediencia, en la resistencia y en la obstinación. No quería seguir jugando a la cocina como siempre había jugado, como me era permitido. Quería ir más allá y eso implicaba salirme de la celda. Ya no podía seguir a las otras niñas que solo jugaban con sus ollitas de pasta. Yo trascendí el espacio material y lo llevé a lugares realmente mágicos, artesanales y poéticos. Les di vida a esos rincones muertos y los signifiqué con mis historias.



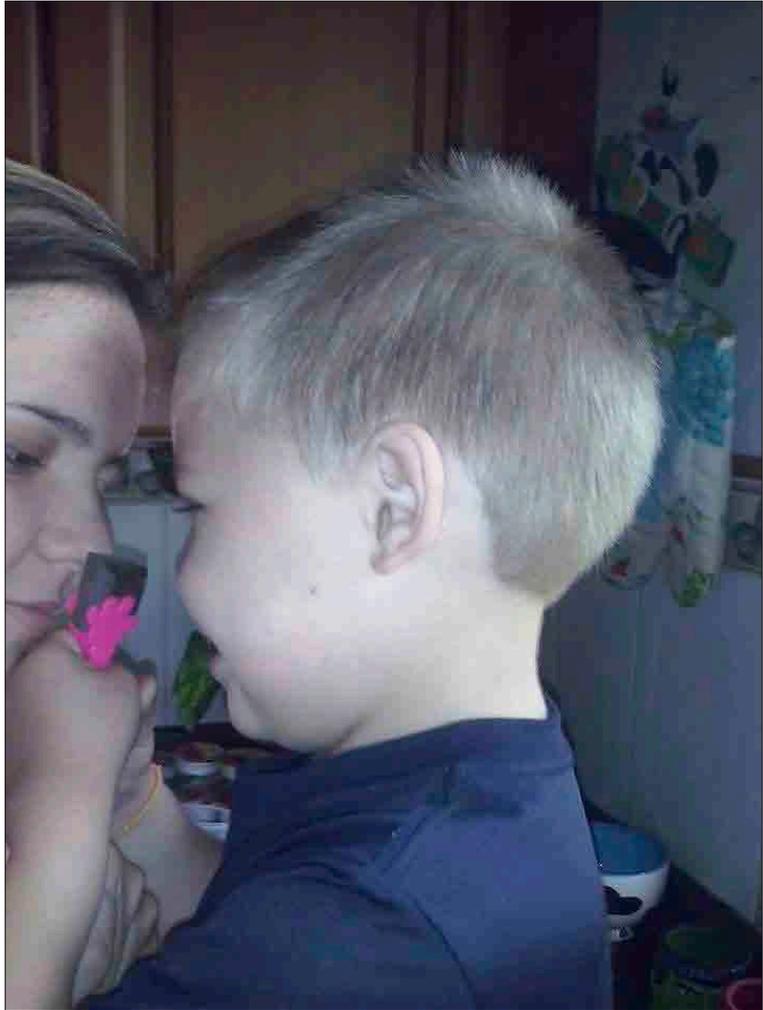
Fotografía de Eva María Sanclemente Ruge.

Como agua para chocolate. Un obsequio que me dio, porque sabía cuánto amaba cocinar. El ritual de nuestros encuentros era maravilloso: una botella de vino, el fervor del aroma de las plantas aromáticas –tomillo, orégano, albahaca–; música de fondo y la lectura de nuestro libro de cocina, que hacíamos por turnos. Luego, servíamos la cena, la degustábamos plácidos, conversábamos de nuevos platos, del amor, de nuestro oficio, de la música, de la vida. Nos habíamos imaginado un futuro lleno de nuevos sabores, de aromas que se mezclaban intensamente con los otros deseos (Eva María Sanclemente Ruge).

El chocolate para mí, no es otra cosa que una oportunidad de identidad acompañada de una carga simbólica, enriquecida por los recuerdos que me permiten volver a mi refugio imaginario, aquel que abarca los sentimientos más arraigados de mi niñez para brindarlos a la niñez de otro ser. Compartir este brebaje de dioses nos permite una oportunidad de encuentro y acallar por un instante el acabose y el alboroto de nuestro alrededor y ser nosotros mismos; solo nuestra taza y nuestra bebida de dioses (Anthea Orjuela García).



Fotografía de Anthea Orjuela García.



Fotografía de Anthea Orjuela García.

Mi abuela es la mujer más bondadosa, especial y femenina que he conocido. Fue una mujer sufrida, muy sufrida, por lo cual no comprendo cómo, habiendo vivido tantas cosas, tuviera tanto amor para brindarnos a todos, en especial a mí. Mi abuelita siempre tomaba café. En su casa nunca había jugo, solo agua panela o café como costumbre paisa. A mí no me gusta el café; bueno... solo el de mi abuela, porque ella efectuaba



Fotografía de Vanessa Bedoya Restrepo.

un ritual hermoso y solo lo hacía conmigo. Sin palabras, me demostraba cuánto me amaba y cuánto era feliz por tenerme a su lado.

A las cinco y treinta de la mañana, mi abuela se levantaba a hacer los “tragos” –como ella lo llamaba–, que no era más que el café de la mañana. Al rato, se sentía un delicioso aroma que despertaba a todos en la casa. De uno en uno nos desplazábamos a la cocina y nos sentábamos en la mesa. Era el punto de encuentro para decir “buenos días” y programar el día en familia con la tita. Como éramos tantos, no cabíamos todos en la mesa, pero mi abuela siempre tenía a mano otras sillitas, tabureticos, banquitos, en fin, cualquier cosa en donde nos pudiéramos sentar todos juntos a compartir el aroma de aquel café, que jamás será igual a otro.

Como mi abuela sabía que me gustaba mucho la leche en polvo y que era poco amante del café, tenía un ritual para decirme que me quería. Todos tomaban su café negro o con leche recién ordeñada, pero el mío



Fotografía de Vanessa Bedoya Restrepo.

era absolutamente diferente: era con leche en polvo. El ritual era el siguiente: servía mi café y el de ella y los dejaba que se enfriaran un poco. Luego, sacaba de su escondite secreto en la alacena, una bolsa de leche en polvo y cuando la bebida se había enfriado lo suficiente para diluir por completo la leche, sacaba dos cucharadas grandes de la bolsa y las echaba en mi café. Lo que resultaba era una rica sorpresa, pues cuando terminaba de beber el café podía verse en el fondo del pocillo una espesa mezcla de leche en polvo y café que disfrutábamos juntas. ¡Hasta usábamos el dedo para sacar los restos! Nadie sabía de nuestro secreto. Ella no decía nada; solo me pasaba mi pocillo con su cuchara adentro, sonreía y luego tomaba el suyo. Mamá siempre preguntaba: “¿por qué siempre te tomas el café aquí?” Una mirada de mi tita y yo, en complicidad, callaba.

En mi familia la mesa del comedor es el punto de encuentro. Digo en “mi familia”, no solo la nuclear. En todas las casas –las de mis tíos, tías

y primos—, ese punto es el comedor y siempre la expresión de aliento y felicidad era “quielo cajé”.

En la alacena de mi cocina siempre podrás encontrar una bolsita de leche en polvo y una cuchara lista para sumergir su contenido en un tazón de café para mi madre, mi hijo y, por supuesto, para mí (Vanessa Bedoya Restrepo).

La vida que surge entre las manos

Las manos, que al inicio de la vida permitieron sentir que se existía, parecen eternizarse en el gesto de plegar. En el papel extendido está la ruta que lo convertirá en maravilla. Camino invisible que toma cuerpo en el momento en que unas manos sabias doblan, repasan y construyen una flor o una nave.

Su creador no las hace para sí; las hace para existir en las manos de otros, para crear un lazo de papel que los invite a unirse sobre las rutas invisibles que esconde una figurita de origami.

Esta relación entre las manos y el poder de transformar, me lleva a mirar las manos como otro elemento simbólico de mi vida. Y es que son estas las posibilitadoras de la transformación, de la creación. Cuando hacía referencia a que había crecido de la mano de mi abuela, aludía, precisamente, a que era ella quien me había creado. Sus manos, con



Fotografía de José Guillermo Reyes Mesa.

caricias y también golpes, me habían llenado de seguridad y tranquilidad, a tal punto que después de su muerte (que llegó cuando aún era un niño) pude seguir creando y transformando.

En cierto sentido, las artesanías que elaboro son la extensión de una caricia que me creó y con la que quiero transformar a quienes me rodean (José Guillermo Reyes Mesa).

Los duelos que he vivido, siempre los he enfrentado con las manualidades. Quizá no de una manera consciente, en la que me proponga esas actividades como herramientas de distracción, sino como un medio para tejer la poca vida que queda después del paso de la muerte.

La muerte de mi abuelita fue muy significativa para mí. La flor de papel fue la figura que más la sorprendió y casi todos los días hacía una para entregársela. Después de su muerte, seguí haciendo únicamente esa flor, todas eran para ella. Cuando hice las flores para las mamás de mis compañeros me sentía feliz, porque de alguna manera era como si yo se la entregara a mi abuela una vez más.

La transformación del papel en una figura elaborada únicamente con mis manos era un evento mágico que me ponía en el lugar del mago. Entregaba capacidades excepcionales. En mis manos tenía un poder que me diferenciaba de los demás y que siempre me había gustado compartir. Sentía que al enseñarle a alguien a transformar una hoja en una nave espacial, yo mismo lo estaba transformando con mis manos (José Guillermo Reyes Mesa).



Fotografía y figura de origami de José Guillermo Reyes Mesa.



Fotografía y tejido de José Guillermo Reyes Mesa.

Refugios de tierra, agua y viento

Hacer sentir que se está a buen resguardo, que ni la lluvia ni el frío pueden colarse por las hendidias de la caña y el barro, no es una propiedad del bahareque. Los verdaderos refugios se hacen de proximidades humanas, de abrazos con el otro. Al comienzo de la vida, es posible dejarse ir al mundo de los sueños con la certeza de que mañana será otro día, de que el Sol volverá a brillar y de que el río será tan cristalino como hoy. Entonces, nos será posible comprender que de ese refugio primero, nació la esquiva esperanza.

También fue llamado refugio un lugar situado entre el cielo y la tierra en el que nos sentimos profundamente conectados con la naturaleza y con nosotros mismos. A través de esta afortunada coincidencia; al saberse de aire, de fuego, de tierra y de agua, se es más humano y se está preparado para entrar en profunda relación con los otros.

Recuerdo que me encantaba el hecho de tener vista directa al río. Sus aguas cristalinas me quedaban a solo unos pasos. Fue una época de



Fotografía del álbum familiar de Diana Marcela Fajardo Marín

escasez en todos los sentidos, pero yo me sentía maravillada por tener el río a mis anchas. Recuerdo aquella casita hecha en tablas que poco podían salvaguardar del frío. Lo recuerdo sobre todo por mi madre, quien era la que más sufría en las noches. Yo, en cambio, dormía en medio de los dos y nunca sentí la más leve brisa. Recuerdo por mis padres que fueron épocas muy duras, de extrema necesidad, pero para mí fueron momentos de unión, de tenerlos a los dos conmigo, de contar con su presencia a diario; de disfrutar el río, su sonido, su cristalinidad, su imponencia (Diana Marcela Fajardo Marín).



Foto del álbum familiar de Eleonora Castellanos Jaramillo.

En ese momento, mi único refugio era el patio de mi casa, el cual junto con mis padres, había llenado de árboles, matas frutales, flores, enredaderas.

Un espacio bajo la sombra del cielo y sobre el verde del pasto; un espacio para escuchar el sonido del viento, de los pájaros e incluso, el sonido del silencio.

Un espacio donde cada rincón fuese propicio para sentarse, acostarse o pararse. No importaba la posición corporal, sino el estado mental. Porque justamente en ese momento, ubicarse en ese lugar permitía que la mente volara a lugares donde físicamente no se podía estar, pero se deseaban.



Foto del álbum familiar de Eleonora Castellanos Jaramillo.

En esa medida, el recurso estético –que, en este caso, es un vínculo con el espacio natural– es ese lugar de pertenencia y seguridad donde hay un momento exacto para vivir, ser y existir de otras maneras y formas. Otros mundos posibles donde se sueña, se piense diferente, se esté y se viva para construir con otros; donde no se tiene que renunciar a la identidad porque se puede ser coherente con ella y ese deseo interior.

Aquí existe un interlocutor –la naturaleza– para relacionarse con el interior, pero también con la otredad. Al crear esa relación, decido hacer frente al universo corriente; o, mejor dicho, al universo impuesto por los

demás, y encuentro una nueva vía para alcanzar aprendizajes personales en unos casos, y en otros aprendizajes sociales. Esto, precisamente, cuando hablaba del respeto hacia el otro y el hecho de aprenderlo en el contacto con la naturaleza (Eleonora Castellanos Jaramillo).

La terca esperanza que cuida el esplendor de unos zaticos blancos

Mantener los zaticos de un niño absolutamente blancos durante el invierno y después de atravesar calles de tierra, parece ser una tarea imposible. Solo si su blancura representase el poder de una madre que desafía a las fuerzas naturales, las imposiciones sociales y el destino mismo; solo así es posible creer que las niñas siempre llegaron impecables a la escuela y fueron quienes soñaron ser.

Al cumplir mis siete años me encontraba de nuevo en casa de mis padres. Mi madre, una mujer con bajo nivel de escolaridad, hacía grandes esfuerzos por ayudarme a conseguir quién me orientara en mis tareas o quién me prestara libros para consultar, ya que ella no contaba con los conocimientos necesarios para hacerlo.

En esa misma época de infancia, recuerdo con agrado cuando mi madre nos cargaba a mi hermana y a mí en los días lluviosos para llevarnos a la escuela y no se embarraran nuestros zaticos blancos, pues las calles del barrio no eran pavimentadas. Mi madre y yo nos sentíamos orgullosas de que las demás madres admiraran los zaticos blancos, impecables y confortables, que parecían nuevos todos los días, ya que ella se esmeraba en su cuidado para que estuvieran perfectamente blancos.

Qué bello recordar aquellos momentos cuando mi madre lavaba con esmero en el gran lavadero de nuestra casa, mientras cantaba sus canciones preferidas. Qué sensación tan agradable continuar caminando hoy por la vida orgullosa y segura en mi andar. Su tibieza dejaba una sensación de tranquilidad, pero lo más valioso es comprender después de tantos años todo lo que estaba detrás de esos zaticos blancos; todo el sacrificio de mi madre para dar a sus hijos lo mejor, incluso aquello de lo que se carecía. Ella era —y sigue siendo— una madre orgullosa de

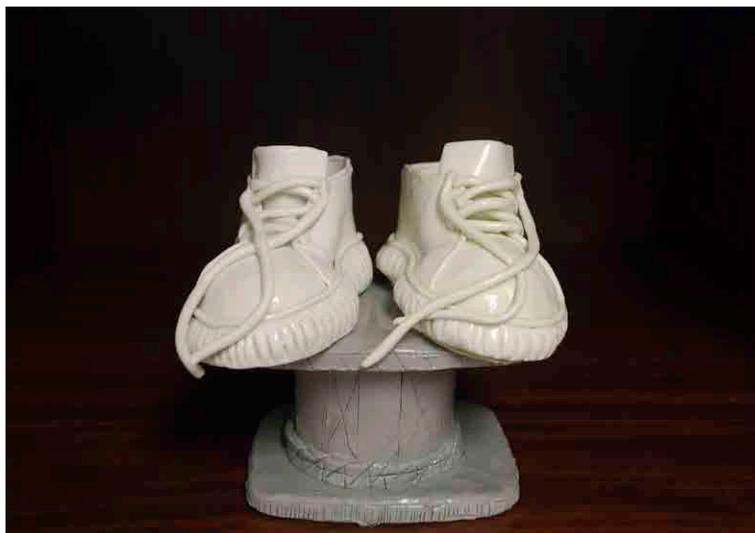


Foto del álbum familiar de Eleonora Castellanos Jaramillo.

todos nosotros, especialmente de mí. Personalmente, le atribuyo un gran valor a todos sus esfuerzos y luchas por lograr que sus hijos salieran adelante. Se sentía orgullosa lavando y planchando ropa ajena, porque con el fruto de ese trabajo nos daba lo que mi padre no podía.

No sé cómo hacía mi madre para cargarme, pues aunque era delgadita debía pesar bastante. Sin embargo, ella me alzaba en sus brazos sin importarle que yo ya no era un bebé y no era nada fácil caminar conmigo en sus brazos más de una cuadra. Sin embargo, ella disfrutaba haciéndolo, pues se podía percibir su alegría y satisfacción cuando al llegar al colegio los zapatos se conservaban blancos y las otras madres la felicitaban (Gloria Stella Ordóñez Tello).

Pintar para descubrirse

Al pintar es posible verse de frente —como en un acto de magia— con la forma precisa de aquello tan anhelado, pero que aún no revela su plástica existencia y por tanto sigue cautivo. Sin la vida otorgada por la mano y su pincel, el majestuoso tigre que espera a quien se atreva a cruzar la muralla, no podrá revelar



Fotografía y pintura de María del Pilar Gómez Márquez.

su fuerza ni su belleza. Tampoco se podrá percibir el fin de la espera sin pintar no se podrá abrigar la esperanza.

Dentro de estas emociones encuentro un recuerdo que pone en evidencia cómo esos sentimientos van tomando forma y quizá –más a profundidad– dan cuenta de aquella búsqueda, de aquella necesidad y de aquella espera de algo significativo de la vida. Y fue cuando comencé a expresarme por medio de la pintura. Me enfocaba en atrapar –por así decirlo– aquellos colores amarrados a momentos especiales, que me impactaban (pero que también, de cierta manera, lograba sentir) y me hacían sentir de manera distinta. Un momento en particular ocurrió cuando era niña y jugaba en la casa. Me encontraba encaramada en un gran muro y miraba con intensidad el jardín del vecino que me impresionaba por su colorido y por la presencia un gato anaranjado que se encontraba en medio de un conjunto de plantas de color verde oscuro pero vívido. Una imagen que para muchos no significará nada, pero para mí era el fin de esa espera (María del Pilar Gómez Márquez).

La captura de lo invisible

La eterna vida de una delicada flor, la tozudez de una tortuga que se rebela a su pesada existencia y la tensión gris anaranjada que da como resultado un plácido atardecer, aparecen, entre otras metáforas, delineando una vida psicológica que relata su compleja forma en estas capturas.

Gracias a la lente se revela un foco, una mirada; un ser deseoso de sentir, evocar, proyectar y retratarse.

La expresión estética que me resulta más atractiva y reparadora en términos psicológicos, es la fotografía, el ejercicio de captar sentidos distintos al de tomar una foto porque sí. A partir de su invención, se ha utilizado esta herramienta para capturar o congelar momentos especiales de la vida. Años atrás, el valor que se le atribuía a una fotografía era muy especial, pues implicaba contratar un fotógrafo o desplazarse a determinado lugar para capturar la imagen de una fecha especial o un acontecimiento importante. Actualmente y gracias a los avances tecnológicos, es muy fácil conseguir una imagen. Incluso, las cámaras van insertadas en un celular, un computador o en cualquier aparato electrónico.

Sin embargo, esta herramienta usada por muchos (por no decir todos) constituye para mí una expresión estética que me permite descubrir aspectos de mi vida muy valiosos en términos de recursos psicológicos.



Fotografía de Diana Marcela Ruiz Rodríguez

Así pues, capturar una imagen tiene que ver con eternizar un momento. Es plasmar en un “ahora” un recuerdo que sobrevivirá en el tiempo. Me genera una profunda dicha tomar fotografías, por ejemplo, de las flores de mis abuelas. ¿Qué más finito que una flor? Sin embargo, cuando capturo su imagen puedo conservar la obra de arte de dos señoras que se esmeran día tras día por que sus cultivos estén radiantes. En este sentido, vale pensar que la mayoría de las imágenes capturadas por mí a través de la cámara son llevadas a la eternidad misma. Un atardecer,



Fotografía de Diana Marcela Ruiz Rodríguez.

la Luna con sus ciclos, los animalitos, los rostros; imágenes que si bien seguirán existiendo después de la fotografía, nunca podrán verse igual. Así, esta herramienta me ha permitido y me permitirá disfrutar de un placer que se ha convertido en una gran pasión. Además, me resulta asombroso ver que se constituye también en un arteterapia. He pensado que mis futuras intervenciones como psicóloga podrían estar apoyadas por esta magnífica experiencia de fotografiar. Significa, entonces, que a través de una imagen se pueden evocar profundos sentimientos, sensaciones, recuerdos e incluso proyecciones. En la presentación de mi expresión estética —que, por supuesto, son fotografías tomadas por mí— se evidencian asuntos de la vida y la naturaleza, así como anhelos y recuerdos que logaron ser eternizados en una imagen.

Otro recurso tiene que ver con aquellos paisajes exteriores que se ponen en diálogo con los interiores. Cali y el Tolima constituyen los polos de mi identidad. Por un lado, me identifico con lo corpóreo de mi ciudad natal, con lo cálido de las relaciones, con el sabor, los colores, la música.

Sin embargo, aquella tierra de la que son oriundos mis padres constituye también rasgos de mi identidad. El silencio, la pasividad, la tranquilidad que me evocan los paisajes tolimenses, son construcciones que se hacen visibles hoy día en lo que me representa como persona (Diana Marcela Ruiz Rodríguez).



Fotografía de Diana Marcela Ruiz Rodríguez.



Fotografía de Diana Marcela Ruiz Rodríguez.



Fotografía de Diana Marcela Ruiz Rodríguez.



Fotografía de Diana Marcela Ruiz Rodríguez.



Fotografía de Diana Marcela Ruiz Rodríguez.



Fotografía de Diana Marcela Ruiz Rodríguez.



Fotografía de Diana Marcela Ruiz Rodríguez.



Fotografía de Diana Marcela Ruiz Rodríguez.



Fotografía de Diana Marcela Ruiz Rodríguez.

Viajes, distancia y encuentro

Los viajes que aquí se registran suceden de manera simultánea por los territorios físicos que se recorren y los paisajes interiores de las viajeras.

El alejamiento necesario de los afectos conocidos, propio de una búsqueda adolescente, es a su vez, el encuentro consigo mismo en soledad. Los otros mundos, que se divisan mientras se viaja, tienen la diversidad que cabe en la identidad interrogada y rica del adolescente.

La historia de la humanidad, burilada en ruinas, despeja los enigmas de un pasado del que reserva lo más valioso y desecha lo pesado, para así emprender el camino que conducirá al joven viajero hacia el futuro.

Viajar no es meramente trasladarnos hacia otro lugar o recorrer distancias. emprender un viaje es dejar atrás nuestra vida amada, la que estamos acostumbrados a llevar y, de repente, tener la posibilidad de mirar a lo lejos. El alejamiento nos hace sentir diferentes, nos abre la posibilidad única de mirar a ese que somos, y también a quienes nos



Fotografía de Laura Alejandra Chica Lopera.



Fotografía de Laura Alejandra Chica Lopera.

rodean. Tomar distancia nos permite ser espectadores y mirar nuestra vida como si fuese una película.

Me llamo Laura Alejandra Chica Lopera. Tengo veintidós años y soy estudiante de psicología. Pero soy más que eso. Soy la reproducción de más de una cultura. Soy expectativa, movimiento y placer; soy la playa y soy el bosque, porque cada lugar y yo hemos sido uno.

Crecí en más de un lugar. En mi pasaporte consta que soy colombiana y cómo me encanta serlo!

Mi historia está marcada por el movimiento y la separación de lo estático.

Próxima parada: la felicidad aquí; o, tal vez mañana, allá (Laura Alejandra Chica Lopera).

De los lugares me gusta apreciar aquello que lo que los hace especiales; o bueno, diferentes, como su olor característico, la forma como se proyecta la luz (hay lugares oscuros y lugares muy luminosos).

Esto me hace recordar que desde pequeña una de las cosas por las que siempre tuve curiosidad era el invierno. Muchas veces mi papá intentó convencerme de que conocía el invierno llevándome a lugares fríos como Cundinamarca o Nariño. Sin embargo, me quedaba la sensación de conocer el frío, pero no el invierno. En la adolescencia aún persistía en mí la curiosidad por las estaciones, especialmente por el invierno. Así que la primera vez que viajé sola y por iniciativa propia, llegué a España ¡y allí estaba en invierno! No lo planeé, pero llegué en el invierno del 2007, uno de los más fríos de los últimos años. Y efectivamente, el frío no es invierno; fue muy emocionante para mí. Lo primero que me llamó la atención entre muchísimas cosas fue en el camino del aeropuerto a la casa, ver un campo inmenso de árboles sin hojas, sin una sola hoja, como un ejército de espantapájaros.

Mi mamá hubiese preferido que llegara en primavera por aquello de no coger frío. Eso le debe venir de mi abuela que dice “que lo más malo es el frío”. Yo creo que el invierno es un incomprendido y se lo tiene muy estigmatizado. El invierno es maravilloso para los que lo sabemos apreciar.

En Madrid tuve la oportunidad de trabajar y de tener dinero para viajar. Me conseguí unos compañeros muy especiales, recién llegados como yo y con ellos conocí Madrid. Allá, en alguna parte, me surgió curiosidad por los romanos y me fui a visitar un familiar en Tarragona. Tiempo después, una amiga me invitó a París. En fin, fueron tres años durante los cuales quería dedicar mi vida a recorrer el mundo. Dejé de estudiar, lo cual no tenía muy contenta a mi familia. Aunque estudiar... bueno, sí estudiaba, porque leía muchísimo sobre historia y la vivía (Melina Andrea Rendón Benalcázar).

Ponerse en los zapatos de otro

La conquista del lugar que no hemos habitado también acontece en el juego maravilloso de representar ese que no somos. O que no creíamos ser, hasta que metidos en su traje, nos reveló una de las aristas descocidas del prisma que llamamos identidad.



Fotografía de Alejandra Loaiza Vargas.

En este juego en el que el libreto tiene infinidad de posibles finales, el jugador parece prepararse para ejercer la libertad de quien frente a la vida no puede transformar los acontecimientos, pero sí el sentido que les otorga. Este papel no nos exime del ejercicio de la libertad, pero tampoco nos releva el de la ética.

A través de la verbalización, muchos aspectos de la existencia no pueden dar cuenta fiel de aquello que queremos significar. A lo largo de mi vida, estos semblantes simbólicos se han representado a través del cuerpo, de la dramatización, y por ello desde siempre me ha interesado “ponerme el vestido de otro”, un aspecto que en mi vida he visto como la capacidad para entrar en el mundo de aquel ser y verlo desde su perspectiva.

Desde que recuerdo, esta facultad de entender las diferentes miradas de las personas me ha interesado no solo para compenetrarme con el otro, sino también para construir mi propia identidad. A través de las posibilidades de los demás, se fue construyendo en mi interior un mundo de posibilidades nuevas, repetidas o híbridas, pero que siempre dejaron impregnado algo en mí. La capacidad de conocerme a través del conocimiento del otro, me hizo entender que podía ser alguien diferente sin dejar de ser yo misma.

Ponerme un disfraz hacía que mi interior se transformara con él; me hacía entender que así como hay personajes buenos o malos, en la vida hay un poco de ambos y dentro de las personas estos dos extremos conviven y se dan su lugar y tiempo de salir a escena. Los juegos de roles me permitían explorar indistintas expresiones humanas; por ello, creo que este ponerme en los zapatos del otro se ha transformado con el tiempo en la capacidad de ver en las personas formas válidas de llevar su realidad.

Por otra parte, a través de ese conocimiento de mundos posibles me di la posibilidad de “subvertir” la realidad y cambiar cada vez que quisiera un orden que al parecer estaba determinado y encontrar un nuevo fin, un nuevo camino por el cual ir. No un camino marcado y delimitado, sino ese que se iba abriendo con mis pasos. El poder elegir si una historia tenía fin o no y qué fin tendría era maravilloso. Era sentirme poderosa dentro de un mundo que yo misma podía controlar. Si bien las personas no pueden elegir aquello que les pasa en la vida, sí depende de ellas la actitud que asuman y la respuesta que le dan a cada situación.

Las dos formas anteriores de significar mi realidad se han transformado aún más, pues pienso que son las bases en las que radica mi gusto por la clínica y la psicología (Alejandra Loaiza Vargas).

La vida del juego



Fotografía de Elizabeth Torres.



Fotografía de Elizabeth Torres.

Fotografía de Elizabeth Torres.

La mirada de los jugadores puede devolverles la vida a los pétalos caídos. Entre las ramas de los árboles, suelen encontrar sus nidos. Las manos de los adultos jugadores suben a los niños en imponentes carrozas que a simple vista parecen solo viejas carretas.

Los jugadores renacen retando a la muerte. Ellos son capaces de soportar y disfrutar los enigmas que no se resuelven. Saben cómo hacer convivir el placer y el displacer; el miedo y la calma. Saben también atesorar en su interior el abrigo de quienes los abrazaron un día y así los aseguraron para existir.

Cuando se lo proponen, pueden cantar las canciones que guardan las caracolas. Luego de jugar con el mar, se llevan en su cuerpo el ritmo de las olas, porque los jugadores se van haciendo a sí mismos de las maravillas que descubren en el mundo.

En lo que los demás desechan, ellos encuentran los materiales para construir los sueños. Los jugadores, subversivos por naturaleza, difícilmente renunciarán a su fuerza creadora, a su capacidad de aceptar lo paradójico de la existencia, a su valor para enfrentar las vicisitudes y, sobre todo, al ejercicio de su libertad.



Fotografía de Jimena Domínguez Vélez

La naturaleza era nuestra cómplice. Una aliada indómita que nos ofrecía de manera amorosa los mejores juguetes: el árbol de gualanday nos arrojaba una hermosa flor que se transformaba en los más sublimes patos de color morado que nadaban en el aire. También nos regalaba el estuche en el que traía su semilla, que pasaba fácilmente a ser una silla de caballo, un caballo mismo o hasta una verde y pequeña rana. Las semillas de las guamas se convertían en clásicos y elegantes aretes. También jugábamos a la canoa. Éramos tan pequeños que cabíamos en los casquetes que sueltan las palmeras al cambiar las hojas y navegábamos sobre las zanjas (Jimena Domínguez Vélez).

Recuerdo también a mis primas. Nos gustaba treparnos a unos árboles altos que hay en un parque muy grande de Manizales llamado El bosque. Nos pasábamos las tardes subiéndonos de un árbol a otro y haciendo de exploradoras, conquistando para nosotras lugares nunca antes pisados. Era algo que me agrada mucho. Recuerdo que jugábamos a las escondi-



Fotografía de Alejandra Arias Jiménez.

das y en ocasiones, cuando había tiempo y ventaja, nos escondíamos en los árboles. En la actualidad no desaprovecho la oportunidad de sentirme cómoda y a gusto en la rama de un árbol (Alejandra Arias Jiménez).

En mi niñez imaginaba que los objetos eran personas. Los zapatos, los ganchos y los cepillos de cabello eran gente. Jugaba a representar en cada uno una historia, como si tuvieran vida propia. Estos juegos los iniciaba por mi propia cuenta y a ellos se sumaba mi hermana, quien entraba en el mismo juego de imaginar que estos objetos eran personajes de alguna historia fantástica. Estas historias me hacían sentir en mi propio mundo, un espacio que nadie podía quitarme pues era mi propia creación y aunque mi hermana se unía al juego, no lo sentía como una intromisión. Todo lo contrario; me complacía conectar a alguien con mis invenciones y que compartir mi propio espacio con ella consolidaba la profunda amistad que sentíamos.

También solía ir al parque del barrio con mi hermana y mi primo agarrados de las manos de mi abuelo. Corríamos, jugábamos y nos trepábamos a los árboles. Nuestro abuelo recogía arena del río o llevaba escombros (ya no me acuerdo) en una carreta a la que nos trepábamos mientras él hacía alguna tarea. Nos ganábamos al mundo con “los imaginarios prestados”, subidos en esa carreta que parecía ser la mejor diversión del mundo. Así, se marcaba en nuestras mentes la más valiosa de las enseñanzas: adueñarnos del mundo, así estuviéramos encima de una vieja carreta. Fue su cálido tacto el que acompañó muchos de mis mejores momentos, cuando estaba pequeña y tomaba tetero (tres o cuatro años). Él nos lo daba y al finalizar nuestro preciado líquido golpeaba la parte inferior del biberón con la intención de que saliera hasta la última gota, acción que acompañaba con unos sonidos vocales (que no recuerdo bien cómo eran). Otra situación que me hace sonreír cuando la evoco era cuando aparecía de la nada y al grito de tan tarán tatán simulaba ser un monstruo que nos perseguía mientras salíamos a correr. Nunca supimos qué significaba esto; supongo que era el enigma que suscitaba esta situación lo que justamente alimentaba nuestro interés por el juego (Nataly Tobón Paz).

Me preguntaba por qué los caracoles tenían conchas tan grandes. Quise explorar cuanto cosa había en el mar. Tocar, oler, sentir y abrir. Me resultaba muy agradable y lindo ese lugar. Empecé a escudriñar grandes conchas del mar y en ellas se contenía un eco, un sonido idéntico



Fotografía de Lizeth Estupiñán Lozano.

o similar al mar. ¡Era tan hermoso! No solo lo percibía estando en la playa, sino también en casa. Para mí eso era un misterio, pero no tenía que buscar respuestas. Esa era su naturalidad. Haciendo esto sentía paz, tranquilidad y mis oídos se relajaban viviendo sensaciones que no puedo explicar; solo sentir y nada más (Lizeth Estupiñán Lozano).

Consistía en construir una casa de materiales de concreto, diseñar casas, edificios pequeños con objetos distintos de los tradicionales llamados “juguetes para niños”. Empleaba cerámicas, palos, cartón, madera, casetes, dados, dominós, plantas, flores, botones, cepillos, espejos, telas, esponjas, fomi, tapas, sacapuntas, ladrillos muy finos y delicados y demás objetos inimaginables para la mayoría de la gente. Los transformaba en una realidad, les daba un toque especial, los pulía y hacía de ellos una verdadera obra de arte no solo por la edificación, sino porque allí habitaban familias a las que atender. Este juego iba al ritmo de mi vida. Aunque en un principio fue un juego acompañado de vecindad construida por mis hermanos que también lo jugaban, cada uno hacía en ella su propio mundo y conformaba un hogar. Con el paso del tiempo mis hermanos mayores dejaron de participar mientras yo lo jugaba sola. Era mi pequeño mundo y en él no solo plasmaba mi creatividad, pues también representaba lo que era la vida.

En ese juego podía vivir de otra manera. Me definía a mí misma porque sabía quién era yo, qué cosas me gustaban, por cuáles me inclinaba. En estos juegos podía representar personajes de ficción (padre, madre, hija, amigos y vecinos), que me permitían plasmarme a mí misma, vivir esos roles con maneras de ser, interactuar, sentir y pensar. En él descubría la creación y transformaba la percepción de la realidad. Decidía qué pasaba, qué desenlace podría tener. En este juego, ponía en escena la



Fotografía de Elizabeth Torres Tello.

realidad y le daba un sentido, con situaciones y circunstancias que vivían las “familias y personas en miniatura”. Me identificaba con cada papel y ponía en escena fantasías y sueños. El juego representaba mi mundo interior que se construía constantemente y en el que no podía prever nada, sino lanzarse a lo que sucediera. Un mundo abierto a la creación que daba lugar a la imaginación, a lo inesperado, a lo asombroso (Lizeth Estupiñán Lozano).

Entre mis siete y diez años, jugaba con juguetes de acción el clásico Max Steel. Con él me sentía invencible cuando tenía que matar al villano y hacer de su fin una victoria en mi juego. Sin embargo, cuando se juntaba conmigo un amigo o compañero de juego, jugábamos a matarnos unos a otros. Era una guerra entre juguetes, pero en nuestra imaginación



Fotografía de Andrew Fontal González.

se construía como toda una escena. En los juegos con soldados, un gran número de pelotones eran derrotados y sobrevivían los más fuertes. Luego, se tomaban posiciones y se asumían roles: “¡Ahora soy el general!”. Cuando la guerra acababa, los muertos yacían esparcidos por el campo y surgía un ganador. Parecía que todo había quedado devastado, en desorden; pero siempre había la posibilidad de volver a jugar y construir otra historia (Andrew Fontal González).

De pequeño siempre me gustó jugar. Había un



Fotografía de Andres Felipe Caballero Toro.

juego que se llamaba “ponchao” que consistía en esquivar pelotazos. Cuando los demás compañeros eran derrotados y quedaba yo solo, era un momento muy especial, porque me sentía el más fuerte. Podía ganar y ser inmortal; así me sentía... inmortal, como una leyenda. También, cuando me ponchaban de primero o de segundo, podía luego ser el que ponchaba; es decir, tenía autoridad. Era como un renacer. Salía más fuerte que la última vez (Andrés Felipe Caballero Toro).

Uno de los retos que desafiaban mi mente era escaparme libremente y solo (aunque a veces prefería ir con otros niños) para disfrutar del mundo; de un horizonte, de un reino en el que era el único protagonista y que podía modificar. Un monte, un bosque o un lugar que tuviese mucha vegetación, riachuelos y animales. Con mis amigos, decíamos que nos íbamos de excursión y nos internábamos en el bosque. Recuerdo que me sentía muy orgulloso –sobre todo ante las niñas– cuando hablábamos de nuestras excursiones y contábamos que habíamos hallado tal gusano o un pájaro extraño.

En una oportunidad particular cuando me escapé de clases yo solo, pasé un gran susto durante mi excursión retadora. Me encontré de frente con un réptil grande y plateado que serpenteaba en dirección a mí. Por supuesto, el susto fue mayúsculo y me devolví corriendo y asustadísimo. Como era consciente de que no podía volver al salón de clases ni ser visto por las implicaciones que tendría –especialmente el castigo de mi padre si eso llegase a sus oídos– me quedé escondido detrás de una planta de café esperando que salieran los demás para entrar por mis cosas e irme a casa.

Esa escena en particular me sirvió para continuar alimentando mi ficción y seguir jugando. Ahora era como aquel prisionero que se escapaba y se escondía de los soldados en el bosque –imagen que muchas veces había visto en las películas de acción de la época– y con gran habilidad lograba el cometido de liberarse a sí mismo para luego rescatar a sus compañeros prisioneros. Era todo un reto que animaba mi espíritu subversivo. Permanecer inmóvil y conteniendo la respiración mientras pasaban las personas, era mi manera de ir en contra de la norma, del status quo y salirme con la mía en mi imaginario infantil.



Fotografía de José Raúl Sánchez Tombé.

En más de una de una oportunidad me escapé de clases solo o acompañado y la única forma de permanecer escondidos hasta la hora de la salida sin ser vistos era internándonos en el bosque. Estudiaba en un colegio agrícola que tenía una vasta extensión con mucha vegetación y era muy fácil escabullirse a la hora del recreo o entre el cambio de clases (José Raúl Sánchez Tombé).

Mi infancia fue dura, como casi todas las infancias de un niño promedio del distrito de Aguablanca. Sin embargo, recuerdo con claridad que a pesar de las adversidades nunca me sentí mal. En ocasiones me reía solo al imaginarme cosas graciosas de la vida. A veces, hacía dibujos deformes de las personas y reía hasta de mí mismo sin parar.

Decía mi abuela —a quien tanto quiero— que desde que tengo uso de razón el sentido del humor ha estado presente en mí de una u otra forma. Así



Fotografía de Rubén Darío Valencia González.

fuera en el patio de la casa de madera en la que vivía o jugando con el barro con el que cubríamos las grietas de las esterillas que componían sus paredes o divirtiéndome con las llantas desechadas de las motos, con las que apostábamos carreras con los otros niños alrededor de las manzanas del barrio El Rodeo, siempre tenía una sonrisa que mostraba mis blancos y grandes dientes que mi abuela cuidaba cantaletosamente.

La vocación de servicio comunitario es un requisito esencial para trabajar en una institución como la Policía y en el campo que mejor me desempeño es en el de la policía comunitaria por su naturaleza y el fin de sus funciones y misiones. La policía comunitaria me brinda la oportunidad de ayudar a muchas personas en situación de marginalidad o vulnerabilidad, pues durante mi infancia y adolescencia las condiciones de vida fueron muy adversas y no me gustaría que otros niños, adolescentes o adultos padecieran lo mismo. No puedo decir que voy a cambiar la sociedad, pero sí ayudar a las personas que necesitan ser reconocidas como sujetos vulnerables que merecen oportunidades (Rubén Darío Valencia González).



Fotografía de Laura Rocha Ruiz.

Hace unos ocho meses empecé a practicar natación. De pequeña había tenido algunas experiencias con el agua y al buscar en mi memoria hallé que esas experiencias tuvieron gran importancia en mi vida.

Amo el agua; amo nadar y ver la luz del Sol brillar en la superficie y en el fondo. Amo la sensación de flotar, de impulsarme y avanzar. Disfruto cada nueva pirueta de mi cuerpo cuando atravieso el agua y cuando siento que mis pulmones ya no dan más, disfruto la adrenalina que me invita a dar una brazada más. En el agua no hay que luchar contra la gravedad, así que es posible volar, ponerse de cabeza y dar vueltas sobre uno mismo. Me gusta acostarme en el fondo del agua y ver a través de ella las palmeras y las nubes que asoman en la superficie.

Cuando era niña jugaba horas enteras en la piscina. Jugaba a la sirenita; cantaba; perseguía a los sapos que se metían dentro; jugaba a recoger monedas en el fondo; competía conmigo misma cuánto podía aguantar sin respirar.



Fotografía de Laura Rocha Ruiz.

Disfruté también del río y las cascadas de Chorro de Plata, de la piscina de piedra con su agua helada y cristalina y llena de peces que nos mordían los pies. El charco de La Registradora tenía una roca desde la cual uno se lanzaba al vacío para caer en el agua. La cascada de El Indio y otros ríos y riachuelos fueron otros lugares de los que gocé durante mi niñez.

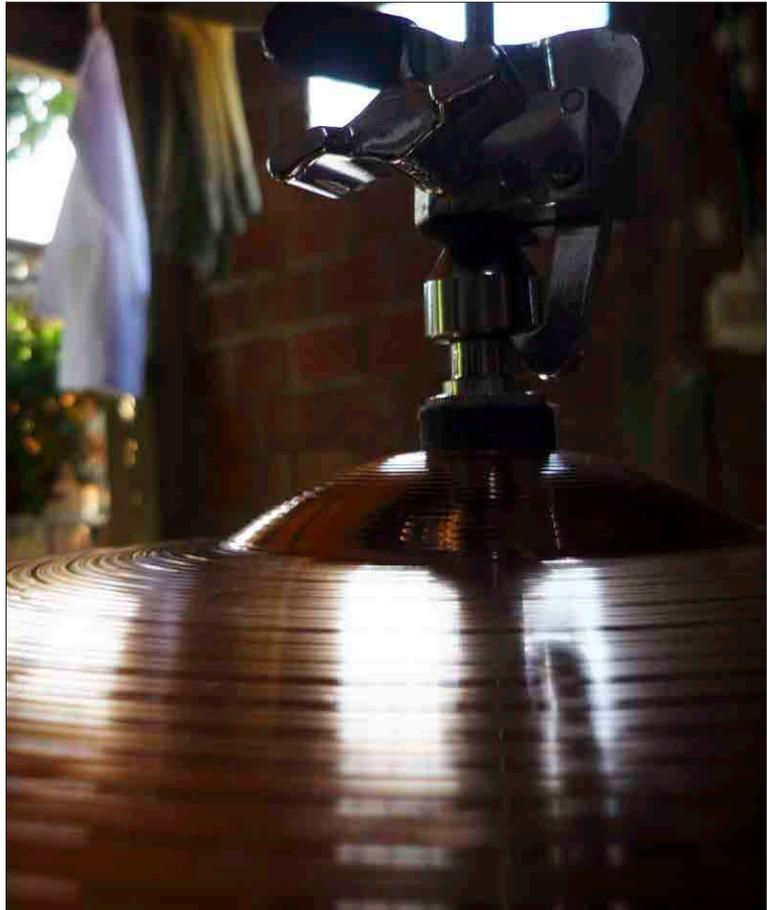
Mi padre vivió en Ecuador muchos años y allá conocí por primera vez el mar. Decía que las olas sabían a sopa. Cierta día lloré cuando las olas me revolcaron y también por la arena en mi cuerpo cuando íbamos de regreso a casa. Pero disfrutaba la resaca y ser arrastrada por las olas. Mi padre me acompañaba. Nos metíamos a las olas y tratábamos de montarlas. A veces nos revolcaban duro, pero nunca tuve miedo. Sabía que la ola pasaba y que por más agua que tragara siempre podía salir de nuevo a la superficie. Jugar en el agua, bien sea en el mar, en el río o en una piscina, es una experiencia con dos matices opuestos: es la sensación de libertad y a la vez una lucha por el aire, por flotar, por vivir.

Me gustaba hacer huecos en la playa hasta encontrar agua y meterme en ellos, entre el agua, la arena tibia y los caracoles. Cuando llegábamos a casa cogía una concha de caracol grande que tenía y al acercar el oído

a ella podía escuchar el mar. La resaca se había metido en mis huesos; ahora yo llevaba el ritmo del mar. Entonces me metía en la tina llena de agua caliente y disfrutaba el mar de otra forma. Extraño ese mar. Extraño a mi padre. Hoy, el agua es mi abrigo; nadar me permite olvidar los problemas, relajar las tensiones y renovar mi espíritu.

Con mi padre nadé, escalé, troté, caminé, remé, monté bicicleta y me sentí vivir. Solo hasta ahora descubro que su figura es evocada en cada una de las actividades en las que mi cuerpo siente que puede existir (Laura Rocha Ruiz).

El fondo musical de la vida



Fotografía de Luis Felipe Quintero López.

La música puede aparecer como esa experiencia que va ligando la vida a través de sus continuos cambios. Por ejemplo, durante el tránsito de la niñez a la adolescencia, el niño músico disfruta de su compañía protectora y del ensueño que le promete ser ese músico que admira. En la adolescencia, su verdad de cuerpo sonoro que solo será dominado con esfuerzo y pasión, permite al joven músico reconocerse en sus límites, al punto de intentar tomar distancia de esta amada ingrata.

Pero esa distancia no será definitiva. La música seguirá siendo el eco de ese mundo interior que hace del dolor y la rabia una estética experiencia. Vuelve a ser compañera; pero ahora amplía las puertas para el encuentro con los pares, una de las más profundas experiencias de comunión que los amantes de la música llegan a experimentar.

A la tierna edad de seis años mis padres decidieron comprarme una guitarra acústica. Con ella pasé momentos maravillosos cuando imaginaba tocar asombrosas melodías que acallaran ese ruido espantoso que estaba obligado a escuchar. Cabe aclarar que nunca fui bueno con las cuerdas, ya sea por falta de dedicación o quizás (la opción más acertada), falta de talento. De todas maneras, mi amiga de madera y grandes curvas me enseñó que existían una gran variedad de sonidos; algunos hermosos y otros que se volvían bellos por su rareza. Preferí darme un tiempo entre mi guitarra y yo, para apreciar y enamorarme de los sonidos que lograban todos esos instrumentos que me resultaban poco familiares, pero fascinantes. ¿Cómo se tocaban? No lo sé; pero parecía que ellos me conocieran y supieran exactamente lo que anhelaba sentir, pues mi vieja amiga, la música, era capaz de tocar el corazón en los momentos más difíciles y elevar mi espíritu a lugares inimaginables. Fui capaz de entenderme a la perfección con otros músicos por medio del ritmo y el sonido, mientras que con las palabras éramos mudos, el cuerpo impedido y los ojos ciegos (Luis Felipe Quintero López).

Sin duda alguna mi gran amor es la música. Ella despierta y potencializa en mí toda clase de sentimientos. Disfruto de su compañía en todo momento: en los tristes, en los alegres, acompañado, en soledad, mientras conduzco, ceno o duermo. Ahora que perdí mi reproductor de música, las cosas no son como antes. Pero, bueno; casi siempre hay una canción o un tarareo en mi mente. Otro tipo de música que disfruto es el de la



Fotografía de Carlos Quintero López.

misma naturaleza. El viento que susurra a sus viejos, altos, fuertes y sabios amigos; el río que sigue su senda de vida; las aves alardeando de sus privilegios... son momentos llenos de emotividad (Carlos Quintero López).

Asomarse a la vida

Las ventanas son relación con el afuera, pero en el interior de un marco; desde ahí la vida que se observa se tiñe de subjetividad y es interpretada a partir de los enigmas, los sueños y los temores de la niña que contempla.

La ventana deja ver la vida exterior sutilmente mezclada con la vida interior de la niña. Esta maravillosa mezcla resulta ser preparación para la vida. En ella se va construyendo la fuerza para salir, el cuidado para resguardar lo que es preciso atesorar y la distancia que permite una buena perspectiva para comprender y encantarse con lo humano.

Por otra parte, el cuarto de los trebejos es una vista al interior. En él se apiña en desorden la memoria de una familia. El niño va tejiendo sentidos sobre los objetos guardados o abandonados, para construir su propia memoria. En esta labor y acompañado de la abuela tejedora, hila historias y vínculos con aquellas personas y cosas olvidadas. Hace viajes imaginarios a los vericuetos psicológicos

a través de las canciones que en el radio un locutor experto en heridas de amor ofrece a sus adoloridos oyentes deseosos de escuchar el canto de sus penas.

Una mujer detiene su mirada en lo minucioso y se aquieta ante la grandiosidad de las imágenes y el color. Esa soy yo; una niñita solitaria que permitió en el pasado que en la ausencia de contacto con los otros creciera una fascinación por observar el mundo de diferentes maneras y se desarrollara una capacidad para contemplar más allá de lo normal y empezar a entramar desde la fantasía, realidades que le permitieran disfrutar la vida.

Pettoruti afirma: “No sé por qué. O mejor dicho, lo sé. Porque en el Sol y en la luz, encontré desde pequeño los mayores misterios, y porque estos elementos naturales ejercieron sobre mí, en razón de su propio sigilo, una atracción muy extraña.”¹ A la luz de ello, reconozco mi capacidad de contemplación como mi primer espacio interior, ese lugar que aunque muchas veces los influjos del ruido y los secretos de los adultos intentaron perturbar, siempre me permitió discernir lo que sucedía a mi alrededor, plantear hipótesis, emprender búsquedas y, por qué no, forjar mi pasión por la psicología, una profesión que me abre la posibilidad de comprender lo humano y asomarme con atención y delicadeza a cada ventana de los sujetos. Sus ojos, sus palabras y su cuerpo, son lenguajes descifrables a través de la observación.

Cuando pienso en ello, vienen a la memoria mi figura pequeña sentada en el banco rojo tras la ventana y ese lugar que visitaba solo dos veces a la semana, pero en el que residen las mejores experiencias que he tenido: la terraza, un lugar al que llegaba luego de una expedición por la casa de inquilinato en la que vivíamos por ese entonces. Bajábamos de nuestro apartamento, recorríamos un largo pasillo con baldosas rojas y amarillas y llegábamos a la cocina. Allí había unas escaleras de madera que pasaban por el apartamento del segundo piso y terminaban en la terraza. En ese pequeño espacio se encontraban un lavadero grande de cemento con un tanque muy hondo, unas cuerdas amarillas para tender la ropa y una ventana que acogía las mejores historias, pues desde ella se observaba todo lo que pasaba en el patio de la escuela del barrio, la cancha de fútbol, la zona de juegos y los pasillos que llevaban a los niños al baño. Todo eso, junto con la escuela, las maestras y los niños,

1. Fragmento tomado de una entrevista al pintor argentino.

construyó mi primer enigma, un lugar lleno de preguntas desconocidas que no podía develar junto a mamá, quien desde mi nacimiento se encargó “excesivamente” de mi cuidado. La gente decía que éramos como la cola y la cometa, porque estábamos siempre juntas.

Lo defino como un enigma, porque fue a partir de la relación de observación atenta que establecí con la escuela, que empieza a surgir un sinnúmero de preguntas de lo que pasaba ahí. Llegué a creer que ese cubo rojo (la tienda escolar) ubicado en la mitad del pasillo, entregaba juguetes a los niños que hacían largas filas. Cuando veía a los niños llorar, imaginaba que las profesoras habían sido malas con ellos y que los gritos que salían de los salones se debían a apariciones de fantasmas o a la presencia de un animal extraño. Sin embargo, mi madre se negaba a matricularme en la escuela a pesar de que tenía la edad requerida. Ella me defendía del peligro y al mismo tiempo de la vida, pues su temor al mundo hacía verlo amenazante y por tanto no quería soltarme de sus brazos. Fueron sus cuentos y canciones los que me mostraban un mundo diferente. Julio Jaramillo me presentaba el dolor, el amor y la traición, mientras que las canciones de cuna me mostraban la aventura y la diversión. Así que con la fuerza que ella misma me invistió con sus historias, me resistí a seguir a su lado si le existía que ya era tiempo de ir



Fotografía de Eliana Katherine Gamboa García.

Sentada tras la ventana pasaban las horas, observaba las nubes, los niños correr.

Escuchaba el silencio del pasar de las horas y los cantos de mi madre en el atardecer.

Burros, ovejas y pastores del bosque, se embarcaban en pequeños barquitos de papel.

Navegaban las turbias aguas de la pila que melodiosamente me invitaban a componer.

Y así, en mi barco y de la mano de mis padres, comprendí que la vida se debe tejer.

Con canciones y letras disfruto mis días y le doy el sentido a mi acaecer. (Eliana Katherine Gamboa García).

En la casa de mi abuela paterna había un lugar algo caótico para todos los residentes; pero, inexplicablemente, no lo era para mí ni para mi abuela. En él, ella se sentaba a coser y yo a mirarla o a oír sus historias. En ocasiones escuchaba la radio, normalmente las noticias o algún programa de música vieja, seguido del infaltable “Los adoloridos”, con Nelson Moreno Holguín, el psicolenguilargoterapeuta. Tal vez allí se gestó mi primera idea de lo que sería un psicólogo, pero eso no era lo interesante del sitio. Mientras mi abuela tejía o cosía, yo investigaba, recogía cosas que desbarataba, veía fotos de gente que no conocía y recorría la historia de mis padres y tíos, sus amores y desdichas. Me ponía sus ropas viejas y en los cajones de los armarios encontraba todo tipo de libros, aparatos, oraciones y empaques vacíos de chocolatinas; ¡claro, la chocolatina había abandonado el lugar!.. Eso daba piedra.

En ese espacio viví experiencias que hoy en día extraño. Me permitió conocer el mundo de mi familia a través de un puente entre ellos y sus historias. Aprendí de ventas sin saber qué era eso y conocí de primera mano los aparatos de los odontólogos gracias a una exnovia de mi tío que dejó gran parte de ellos allí. Me enteré de la moda de muchas décadas y canté las canciones de don Nelson. Esa habitación representó todo lo que quería y todavía sigue allí, intacta; solo que ya no se escucha nada y la abuela ya no cose (Mauricio Rendón Echeverri).

Bonito recuerdo
(cuento)

Por el desorden de mi cabeza aun galopa un sueño vestido de mujer tan hermoso como la vida misma y tan increíble como el negro eterno del universo. Recorre valles que nacen de sus sonrisas y juega con recuerdos que mi corazón aún guarda. Seguirlo es atravesar las fronteras del dolor y entregarse a la felicidad, sintiendo que el mismo Dios viaja por mis venas y calma mis heridas.

Esculpe ideas en el aire y las pinta con miradas multicolor. Cada pensamiento en mi cabeza fantasea con formar parte de él y lo sigue sin importar que en la travesía quede atrás. No importa qué tan rápido corra o qué tan alto salte, ya que mi sueño solo responde a una idea: la de tu cabello rozando cada molécula de aire y tus ojos serpenteando entre la idealización y la locura y provocando incendios en mi razón.

En su brillo me he perdido tantas veces que mis ojos ya dilapidaron su fuerza. Solo he podido seguirla con un débil corazón que únicamente responde a su llamado y ha fracasado tantas veces en su búsqueda, que la tristeza se apodera de él, se burla y lo golpea con la soledad; la misma que se ha sabido condoler de mí en varias ocasiones alejándose engañosamente dando un respiro a tanta barbarie. Mi cuerpo ya abandonó mi sueño; solo mi alma podrá seguirlo a un mundo que aún no conozco y tal vez no sea para mí (Mauricio Rendón Echeverri).

La vida y sus formas reparadoras

Los compañeros no humanos hicieron su primera aparición al inicio de la vida. Para ese entonces, nuestros viajeros y sus animales se abrazaron y aseguraron como si formaran parte de una manada. Conocieron los ciclos de cada día en la calma naturalidad de una granja, aprendieron a cuidar su mirada y se hicieron a una contemplación respetuosa que poco a poco les regaló sus frutos en el oficio que escogieron para la vida.

El valor y el miedo, experiencias en apariencia contradictorias, estarían a la base de la construcción del sentimiento de seguridad. En este caso en particular, la seguridad no se arropó de palabras tranquilizadoras, mas sí de una presencia mutua acompañada en el ritmo acelerado del corazón y dispuesta a atravesar las celdas del terror para abrazar al otro. La seguridad se hizo de sentirse como el otro y estar dispuesto a conquistar la calma para así poderse la ofrecer.



Fotografía de Andrés Felipe Buitrago Ramos.

Este ser no humano, permitió, en su cercana presencia, prepararse para el cuidado del otro y de sí mismo; para sanarse sanando sus heridas. Ese vuelo de libertad que emprende un pajarito que había caído de su nido, parece llevar en su vuelo a quien se decidió a curarlo.

Recuerdo que él también les tenía miedo a los disparos y a la pólvora. Nos ocultábamos juntos en los momentos en que el pueblo se volvía un campo de batalla y sin importarme a quién tuviera a mi lado ni si estaba temblando, ese pequeño perrito me hacía sentir seguro y al mismo tiempo me daba valor y el deseo de ser valiente para poder cuidar de él.

En este momento tengo el sueño de rehabilitar perros callejeros. Ellos se pueden volver seres muy útiles para personas con discapacidad y quitarle un un perro a la calle para volverlo un animal de asistencia, además de ser una fuente de empleo reduce la cantidad de perros callejeros que pueden ser sacrificados. Ahora tengo bajo mi cuidado un cachorro hembra de labrador y espero con ella ayudar a mucha gente, además de crear conciencia de que un perro o cualquier otro animal

bien educado se puede volver un compañero de vida y un amigo para siempre. Soy testigo de los cambios que he experimentado gracias a ellos y no dejo de asombrarme. Ahora somos Amelie Muñeca y yo (Andrés Felipe Buitrago Ramos).

Estaba siempre rodeada de animales de toda clase, tanto domésticos –conejos, gallinas, perros, vacas, caballos, cerdos y pájaros– como salvajes –ranas, arañas, serpientes y un pequeño mono–. Pese a que no jugaba con ellos, me sentía cómoda a su lado. Pasaba largas horas al día mirando cómo se comportaban y lo que hacían. Particularmente, me llamaba la atención lo tranquilos que se veían y lo mucho que disfrutaban siendo como eran. Todos los días, la gallina amanecía para empollar sus huevitos; el conejo corría y corría por su jaula hasta que le daban de comer; las vacas comían y comían pasto sin hacer nada más en todo el día. No entendía cómo podían estar así, tan ausentes y a la vez tan “en paz”, haciendo simplemente eso.

Pese a que me sentía bien con todos los animales, los sapos realmente me asustaban por sus ojos tan grandes y el extraño sonido que emitían



Fotografía tomada del álbum familiar de Estefanie González Córdoba.

en las noches. Mi abuelo decía que los sapos eran pequeñas rocas de agua que al estar mucho tiempo sumergidas habían decidido salir a mirar cómo era el mundo, por eso tenían los ojos bien abiertos –no grandes–, para poder ver todo lo que no habían podido mirar cuando estaban bajo el agua. Pero que no me harían daño. (Hoy en día me doy cuenta de que mi abuelo fue el niño más especial que he conocido en mi vida. Por momentos, quiero creer que él no se ha ido, que está en algún lugar escondiéndose y solo debo encontrarlo para volverlo a ver).

Cierto día me propuso que cogiera uno y lo llevara a las caminatas que hacíamos para que me diera cuenta de que era inofensivo. Pese a que la idea no me gustó, al día siguiente mi abuelo se llevó al sapo en un recipiente de cristal lleno de agua. Yo no me le acercaba, pero estaba pendiente de él. Me hubiera demorado muchas semanas antes de poder cargarlo, a no ser porque mi abuelo me dijo que debía darle una oportunidad, ya que si no lo hacía él regresaría al fondo del agua y jamás saldría. Y eso no era bueno.

Asustada, cogí el recipiente con cuidado y lo llevé de manera que quedara lo más lejos posible de mi cuerpo. Le iba contando cada cosa que veía y que aparecía en el camino y de tanto en tanto pegaba mi cara al cristal para ver que estuviera prestando atención a lo que le decía. Mi abuelo me dijo que así como sentía miedo, él también sentiría lo mismo por mí si lo miraba mucho, así que días después lo empecé a llevar en la cabeza. (Sí, es extraño, pero con un sombrero y una cinta me lo pegué. Supongo que debí verme un poco ridícula, pero me sentía la mujer maravilla haciéndolo).

De esa forma ninguno de los dos se miraba y estábamos tranquilos. Así, poquito a poquito empecé a disfrutar de su compañía y mi abuelo me animaba cada día a que lo tocará y lo llevará en la mano de vez en cuando, hasta que pude hacerlo sin sentir miedo. Mi vida junto a él estuvo llena de ese tipo de experiencias, de diferentes sensaciones y, sobre todo, de muchos aprendizajes en relación con la vida y con lo que debía ser para mí misma y no para los demás (Estefanie González Córdoba).



Fotografía de Natalia Vinasco Vinasco.

Estando en la universidad salía un día de mi casa y vi un pájaro que estaba en el asfalto dando brinquito e intentando alcanzar un muro. Era muy pequeño y pensé que se había caído del nido y no sabía volar. Temí que un gato se lo comiera o algo malo le pasara, así que decidí llevarlo a casa, le adapté una caja de zapatos con un trapito y conseguí arroz en una cafetería cercana. Luego, cogí un grano entre mis dedos y mientras sostenía al pájaro en la otra mano intenté introducirse en el pico y hacerlo comer. Que bebiera agua fue otro proceso. Me mojaba toda, luego a él, después la mesa o a la universidad entera de ser posible. Pero poco a poco fue comiendo y necesitando menos a mí para hacerlo. A los días saqué la caja al balcón con la intención de que cuando se sintiera capaz emprendiera el vuelo. Un día fui a ver cómo estaba y

no lo encontré. Asumo (y espero) que decidió volar y vivir felizmente en libertad.

Tiempo después, durante un receso de clase, vi a dos compañeros parados frente a una reja de manera poco usual. Me acerqué a curiosear y vi un pichón de azulejo que al parecer se había caído del nido y no sabía volar. Nuevamente me encuentro en la necesidad de cuidarlo. Me lo llevé a casa y le di un banano. Blue (así lo llamé) picoteaba como si no hubiera un mañana. Me encariñé con Blue, pero al igual que con el otro un día tuve que dejarlo ir (Natalia Vinasco Vinasco).

Capítulo III

Prácticas contadas y cantadas

*Cada mañana, al despuntar el alba, el primer rayo de sol
puede curar por arte mágica las heridas del ayer.
El niño tiene en sus manos un verderón al que mordió un zorro.
Hace un momento apenas si respiraba, mientras que ahora ya
empieza a cantar lastimero mientras agita las alas.*

Jimmy Liao

Escondese en un rincón del mundo

Intervenciones de psicólogas en formación que hicieron uso de herramientas clínico-estéticas

Este capítulo recoge experiencias de práctica que tienen como elemento en común el uso de herramientas estéticas para la intervención psicológica y no corresponden a la organización convencional de los casos que los psicólogos solemos construir. Los textos que Marcela Escobar, Stefanie González y Diana Villegas nos compartieron, tienen más el carácter de un diario, en el que de manera metafórica se intenta dotar de sentido y comprender el primer encuentro con un oficio que estremece la vida psicológica tanto del practicante como del consultante. Ninguno fue el mismo después de advertir que las palabras cantadas, contadas, pintadas o calladas, daban forma a un refugio; a una voz escondida y tímida; a muchos sueños y enigmas.

La intención de este modo de presentación tiene que ver con la entrega al lector del escenario más fiel a lo vivido, el menos objetivo, el de más viva voz. Aquí se pretende ofrecer la vida de una intervención, esa experiencia que escapa a los protocolos y a los informes predeterminados. Es un texto que le deja espacio al lector para entrar en este escenario, actuar, sentir y aproximarse a

esas miradas delicadas, respetuosas y sensibles que hallaron en las experiencias más conmovedoras de sus propias vidas, un camino para propiciar profundas transformaciones en la vida psicológica de los niños con quienes trabajaron.

Estas intervenciones que retratan subjetividades –las de los niños y las psicólogas– nos permiten percibir el afortunado encuentro que acontece en los universos simbólicos. Encuentros posibles gracias a la capacidad de ellas para guiar un viaje de ida y vuelta por las rutas de la imaginación sin dejar de anclarla a la realidad y a la confianza de ellos, los niños, que de su mano deciden darle forma a lo irrepresentable, jugarlo y así muy probablemente, transformar su mundo.

Refugios hechos de palabras

Marcela Escobar Herrera construye un cuento que recoge la memoria de sus primeras intervenciones como practicante en una institución educativa. Su gusto por la literatura le permitió hacer de la lectura una experiencia profundamente hospitalaria y reparadora para un grupo de niños. Ellos la siguieron decididamente escaleras arriba y de su mano abrieron el candado de una improvisada sala de lectura que fue “su refugio” y su “nido”.

Resignificando la sala de lectura infantil

Lo que te estoy escribiendo no es para leer; es para ser.

Clarice Lispector

Mientras subían las escaleras, los niños escuchaban el estruendoso ruido que las alas de las palomas hacían al despegar. Arriba estaba la sala de lectura que se encontraba en soledad. Pero aquella soledad y aquel descuido no eran producto del olvido, sino de la estructura un poco vieja y ajada o de un cerrojo ciertamente vigilado y protegido contra el entrar desparpajado e impulsivo de los niños ávidos por explorar. Había allí dentro montoncitos de libros perfectamente organizados y sin indicio alguno de rasguño o arruga dejada por pequeños dedos al pasar. Sin mirada alguna, estaban allí; existían sin existir.

El caso es que las escaleras anhelaban esos pisoteos de los niños que competían por subir y llegar en primer lugar; los pasillos ansiaban los correteos que exploraban el camino hasta llegar a la pared del final, y el pequeño pero fuerte candadito el tacto de la llave al entrar. Y los niños ese resplandor simbólico que les otorga el poder de abrir con esa llave la puerta del lugar en el que les era prohibido entrar. Y aquella cerradura

negra anhelaba ser expulsada y así dejar de bloquear. Pero sobre todo, tantos libros allí postrados anhelaban el aletear de los dedos de los niños al buscar, al escoger o al devolverlos no necesariamente a su lugar.

Pasado un corto tiempo esta tímida sala desplegó lentamente su encantador telar y de ser solo un espacio físico, resultó ser... ¡vaya!, un cobijo maternal. Entonces, ese espacio habitado por libros ya menos somnolientos empezó a acoger al niño curioso, al simpático y al molestón; al silencioso y al juicioso, y también al hablador. Algunos correteaban, pataleaban, se sentaban, se paraban; otros entraban y salían; leían, no leían; reían o peleaban; compartían o explotaban. Pero esta sala se convirtió en una madre que los acogía y contenía sin pudor alguno. Así pues, si bien los niños buscaban muchos cuentos, esperaban encontrar una relación “una voz, una melodía, una palabra” que les ofreciera seguridad y protección. Y en medio de tanta hostilidad exterior “y, por qué no, interior”, se fue tejiendo un vínculo investido de un simbolismo no fácilmente perceptible, pero sí tranquilizador.

Así fue como una pequeña mano fue sostenida por otra —la mía—, que la ayudó a trazar una silueta, a dibujar un cuento, a contar una narración. También, dos niñas que luego de dibujar pidieron mecerse “con la ayuda de mis brazos” como pescaditos que luego eran arrojados al mar. Y otro niño escuchó un susurro: “yo te tiendo el puente y tú vas preparando los piecitos pa’ pasar”. Y fue entonces que escuchó varias frases que de inmediato imitaba y repetía sin vacilar. Y estaba el niño correlón que pedía ser perseguido por un monstruo comelón que lo atrapaba muchas veces, lo traía, lo llevaba, lo abrigaba, lo cargaba y lo ayudaba, finalmente, a asumir poco a poco ese retorno tan cansón. Y fue así como un niño musitaba el relato de unas páginas en voz baja, pero consciente de aquella presencia que lo escuchaba. Y también otro niño de sonrisa peculiar, pasaba minutos enteros organizando los libros que los otros no recogieron por el solo placer de ordenar.

Ahora aquellos niños poseían una especie de hogar empapelado con imágenes y palabras, en el que habitaban la alegría, la furia y la tristeza cansada, pero con personajes y juegos que les permitían tomar distancia y sentir la plenitud de esa pertenencia tan ansiada. Un hogar en el que el entrar y salir, dormir y despertar, acariciar y rasguñar forman parte de la experiencia vital del vivir y el habitar. Un hogar al cual acudir

después del miedo; o quizás antes de él. Un lugar para zarpar, naufragar, arribar o no volver.

Un lugar, un hogar

Es necesario que en medio de una cultura inmersa en la prisa y el bullicio se les ofrezca a los niños un espacio que les permita refugiarse en lo profundo de sí mismos. Un espacio en el que la experiencia del texto sea vivida con el deseo y con el corazón. Un espacio que sea una alternativa para construir un lugar interior en el cual leerse y nombrarse. Tal fue el significado de la sala de lectura infantil para aquellos que la habitaron, en la que los poemas, los cuentos y las narrativas no fueron únicamente para subrayar ideas principales e identificar la composición de una oración, sino también para abrirle paso a los sentimientos, al conocimiento de sí mismo y de los demás. Fue un espacio que procuró propiciar un tejido de voces y experiencias y particularidades de cada quien, de su nombre y de su historia, alrededor de cada texto.

Este espacio fue fundamental para apelar a esa dimensión reparadora de la lectura que da paso a la conquista de la vida y de espacios íntimos y propios y a la elaboración de una posición de sujeto que construye su historia apoyándose en palabras, relatos, imágenes y frases, pues como escribió Proust, “cada lector es, cuando lee, el propio lector de sí mismo”.

A través de la lectura “entendida en su sentido más amplio que involucra no solo lo cognitivo sino también lo emocional; que pone en juego el conocimiento de sí mismo; el descifrarse, descifrar el mundo y construir vínculos”, se procuró ofrecerles a los niños la posibilidad de encontrar un tejido simbólico para empezar a crecer, descubrir nuevos caminos, construir sentidos y encontrar vínculos con aquello que los constituye, les da un lugar y que les abre la posibilidad a la vida. Pues si en un medio donde prima el peligro y la violencia –como el barrio en el que se desarrolló el proyecto– el lector encuentra en los textos las claves para leerse a sí mismo, hallará también su propio deseo que se transformará en un recurso privilegiado para elaborar y mantener un espacio propio, personal y privado que al ser íntimo se convierte en un refugio contra las adversidades.

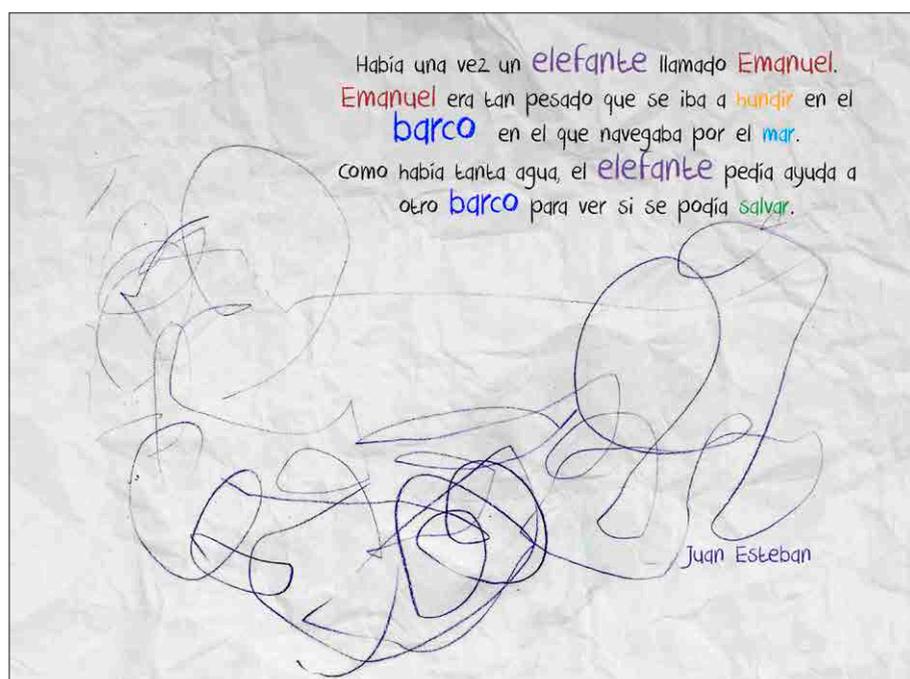
De esta manera, si bien la literatura y la narrativa no cambiarán el mundo, sí lo harán más habitable, “[...] porque el hecho de vernos en

perspectiva y de mirar hacia adentro, contribuye a abrir nuevas puertas para la sensibilidad y el entendimiento de nosotros y de los otros” (Reyes, 2004) y quedaremos con la satisfacción de escuchar palabras como las de J: “¡Cuando crezca quiero ser un gran librista, para leerle muchos cuentos a la gente!”.

Cuentos a cuatro manos

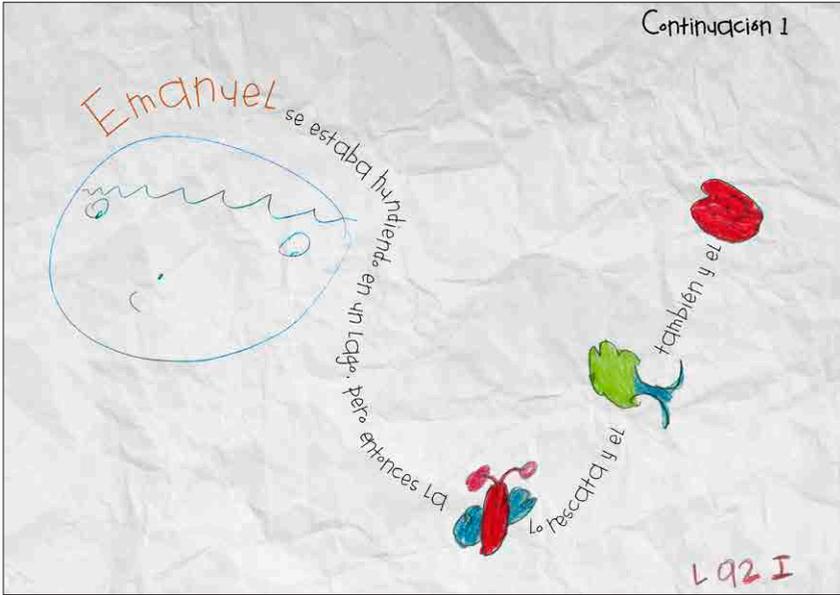
Marcela invitó a los niños a crear una historia y tuvo como aliados un barquito de papel, un elefante de goma y una tortuga, pues para conjurar el silencio de quien cree no tener historias por contar, nada como la magia del juego.

Ahora sí, cada niño contó y pintó. Marcela escuchó con religiosa atención, atesoró cada palabra y recibió con cuidado las ilustraciones que los niños ge-



Fotografía de Marcela Escobar Ocampo.

nerosamente le confiaron. Con estos materiales fue pintando su intervención, hecha de texturas, trazos, trayectorias y colores.



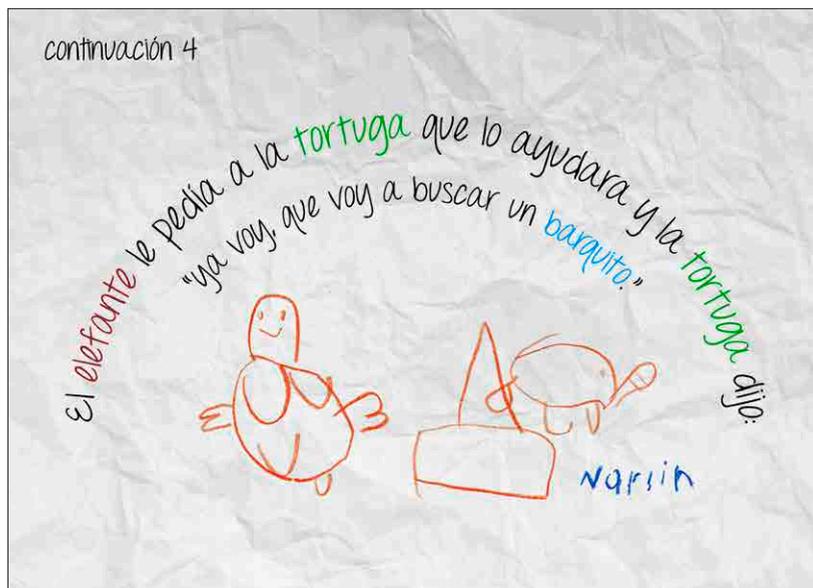
Fotografía de Marcela Escobar Ocampo.

Los cuentos fueron reunidos en un gran relato en el que la vida apareció enfrentando al infortunio. Unas veces fue la vencedora porque encontró a otro que le ayudó; otras, sin la certeza de resistir la prueba o hallar ese otro.



Fotografía de Marcela Escobar Ocampo.

Pero no fue un relato acabado. Si se observa con cuidado la textura del papel sobre el que se despliegan los pequeños cuentos, se verán las huellas de un gesto que arrugó el papel y de otro que le devolvió su forma. Una bella metáfora de la resiliencia, esa que discreta se asoma todos los días por los rincones de un aula en Siloé y hace de los pliegues imborrables un océano inmenso sobre el cual navegar.



Fotografía de Marcela Escobar Ocampo.

Los garabatos son historias a la espera de un descifrador paciente y curioso. Para iniciar la labor, es fundamental situar las dos puntas de la madeja. En una, el elefante Emanuel; en la otra, la esperanza.

Marcela trazó una ruta de esas que sugieren un camino y a su vez ligan lo disperso. Ahora, Emanuel podrá seguirla y por un bello sendero serpenteado ir al encuentro de la mariposa, el árbol y el corazón que saben rescatar.

El color azul con el que el niño pinta la proa del barco, es el color con el que Marcela dibuja el nombre de Emanuel y el lápiz. Es azul la esperanza, esa que frente al infortunio del naufragio espera a que al fin llegue ese lápiz salvador, el mismo con el que Marcela consigna las palabras del niño contador de historias.

Con las palabras también se hace un caparazón. Ellas son cobijo y a su abrigo se construye la confianza, esa que le permite al elefante pedir ayuda y a la tortuga buscar el barquito salvador.

Los puentes invisibles

Marcela y Estefanie compartieron el mismo lugar de práctica. Cuando Marcela terminó su ciclo de formación, los libros del “refugio de palabras” fueron llevados a la biblioteca y sus habitantes –los niños– no tardaron en reclamar una relación, un lugar. En la sala de la biblioteca rodeada de libros y metáforas prestas a jugar, estaba Estefanie.

Los tránsitos de un referente adulto a otro –definitivos para que los procesos psicoterapéuticos tengan continuidad–, no son trámites formales. Los tiempos y las maneras como ocurren, son los tiempos y maneras de la vida y los psicólogos nos hacemos sus aliados, nos colamos entre ellos, iluminamos su discreta aparición y los hacemos nuestro recurso.

Mientras Marcela suelta la mano de J (uno de los niños que más vivió en el “refugio de palabras”), Estefanie adelanta la suya para acogerlo y recibe en ella todo lo que trae: desconcierto, rabia, dolor y esperanza. El escenario para este tránsito sería, en apariencia, el espacio físico de una biblioteca escolar, y el espacio simbólico el territorio construido por la relación entre Marcela y J, que abre su puerta a Estefanie. Ahora, quien porta la llave del metálico candado es J.

J: ¿Dónde está Marcela?

Estefanie: J, ella ya no está; ya terminó su trabajo aquí.

J: Ahora, ¿quién me va a leer cuentos? Los que sabía ya se me olvidaron, ya no quiero venir más. Aquí, todo será aburrido. (Se sienta en el piso y apoya su cabeza contra sus rodillas y permanece en silencio).

Estefanie: Yo no sé contar cuentos tan bien como Marcela, pero podría intentarlo.

J: ¡No! Solo Marcela sabía cuáles me gustaban. Ahora estoy solo. (Minutos después se para, va a la biblioteca y trae varios cuentos).

J: Como usted no sabe leer cuentos, yo le voy a leer los que Marcela me enseñó, para que cuando aprenda ahí sí me lea cuentos, ¿bueno?

Estefanie: ¡Vale, J! Me parece una buena idea. (Marcela Escobar Herrera. Asesora de práctica: Elizabeth Torres)

Metáforas como mariposas, volando por la “habitación de los libros”

Estefanie González recrea a manera de cuento su llegada al lugar de práctica –La Villa– y también su propuesta de intervención. Deseaba construir en ese lugar donde se hacían planas y alfabetos, un libro hecho con las voces de los niños. Frente a estos pequeños desconocidos se había hecho una idea muy coherente con lo que nuestra ciudad dice de los seres que crecen en los lugares marginales y signados por la pobreza: los nombró “los niños encantados, sin magia”. Con valiente franqueza, nos reveló el peso del prejuicio y su batalla para derrotarlo de la mano de las metáforas. Cometas para escribir los sueños y semillas para plantar las penas y que den fruto tomaron vida en la sala de lectura. Y fue, entonces, cuando la invisible magia hizo su aparición y el encantamiento que hace ciegos a los adultos frente a la maravilla de este mundo infantil en medio del caos y la muerte, fue conjurado.

Cuando me presenté, me miraban extrañados. Unos con desconfianza, otros con indiferencia, un par con enojo y me pareció que los últimos lo hacían con algo de miedo. Creo que ello se debió a que me presentaron como la nueva profesora, y según pude darme cuenta no les agradaban los profesores. Al parecer, ellos hacían de sus días verdaderas pesadillas. Solo había espacio para aprender de memoria el abecedario, las vocales, las sílabas y sus sonidos, hacer planas tan largas como la barbas de Merlín, y dibujar y pintar como si se tratase de una exigencia escolar más.

El lenguaje extraño y bizarro con el que se comunicaban me parecía fascinante, a diferencia de los demás profesores que lo encontraban detestable. Me di cuenta de que escondía un gran secreto: era el lenguaje de la pandilla, la que ellos habían formado. Pero esta no era como las otras, no tenía nada de común y corriente. Era especial porque sus miembros habían vivido aventuras que nadie más había vivido, nadie sabía de ellas y no parecían interesarse. Había escuchado un par de historias porque me gustaba espiarlos cuando estaban solos, pero no me atrevía a preguntarles nada. Me sentía como una extraña, después de todo yo tampoco sabía cómo comunicarme con ellos.

Habían pasado varias semanas desde mi llegada a La Villa y estaba empezando a aburrirme. Todos los días se hacían las mismas cosas y aún no había encontrado quién me enseñara a ser adulta. No sabía cómo ayudar a los niños encantados sin magia, ni mucho menos comprender

su lenguaje, hasta que un día inesperadamente, decidí emprender un viaje a otro lugar. No sabía muy bien a dónde, pero estaba decidida a pesar de que temía perderme. Recuerdo haber leído en una historia que si no sabes dónde ir, no debes preocuparte si llegas o no.

Estaba segura de que no quería viajar sola, así que pensé con quién iría. Los niños encantados, sin magia, además de ser muy pequeños implicaban cuidado y atención, lo que me impediría disfrutar el viaje. Ellos no estaban preparados para una travesía como la que imaginaba y los adultos, aunque sería fácil explicarles la ruta, no estarían dispuestos a ser mis cómplices en la aventura. Así que decidí invitar a los niños de la habitación de los libros, contaría con su deseo de travesuras, su experticia viajera y, sobre todo, con su complicidad. Cuando escucharon lo que tenía pensando, para mi sorpresa aceptaron con gran entusiasmo, aunque me advirtieron que en cuanto se pusiera aburrido se bajarían del barco. Como capitana debería navegar por los lugares más recónditos, con tal de hallar las más grandes, curiosas, divertidas y riesgosas aventuras.

El primer lugar al que llegamos fue el país de los sueños. Allí nos encontramos con el cielo más extenso y la bóveda repleta de nubes. En él brillaba el Sol más radiante y bailaba la brisa más refrescante de todos los lugares. Aprendimos a hacer cometas de muchos colores que eran



Un sueño, borrado y vuelto a hacer.

Fotografía de Estefanie González Córdoba.

especiales, pues eran las cometas de los sueños. Pero debías distinguir entre las cometas de sueños cumplidos, las cometas de sueños por cumplir y las cometas de sueños incumplidos.

Las cometas de sueños cumplidos se levantaban por todo el cielo con total libertad, pero ninguno de nosotros pudo elevar una, pues no teníamos sueños cumplidos. Las cometas de los sueños por cumplir fueron nuestras favoritas. Hicimos muchas de ellas y les pusimos una pequeña cola para dirigir las y que no se perdieran, porque llevaban sueños muy importantes. Recuerdo algunos: “mi sueño es ser una princesa”; “mi sueño es que mi papá pueda recuperar su camión y volver con nosotros a la casa y tener dinero de nuevo”; “mi sueño es que Miguel me diga 'te amo'”; “mi sueño es ser una buena persona”; “mi sueño es ser una mariposa con alas muy grandes”; “mi sueño es ser presidente”; “yo sueño con ser una sirena”; “mi sueño es tener una corona de flores”; “mi sueño es ser policía para ayudar a la gente”; “mi sueño es estar en un castillo y ser una princesa”; “mi sueño es que mi papá me abraze”; “mi sueño es tener amor”, y “el mío es dormir sin pesadillas”.

Otras cometas debían llevar sueños un poco pesados: “yo sueño con muchos juguetes”; “yo sueño con tener un computador”; “yo sueño con



Fotografía de Estefanie González Córdoba.

Cometas portadoras de los sueños de los niños.

tener muchas camas en mi casa”; “yo sueño con una casa nueva”; “yo sueño con torres de comida”; “yo sueño con un oso de peluche”; “yo

sueño con muchos zapatos”; “yo sueño con tener una piscina”; “yo sueño con dejar de comer huevo”; “yo sueño con una bicicleta”, y “yo sueño con un play”

También hicimos cometas de sueños incumplidos: “que no me diera miedo entrar a mi casa”; “poder ir a McDonald’s”; “tener ojos azules”; “tener un portátil”; “poder volar alto”; “tener un perro”; “conseguirle un camión a mi papá y traerlo de regreso”; “dejar de decir groserías”; “tener un casa bonita”; “poder ir a la rueda”; “elear cometas con mi papá”, y “ser una flor”.

Después de asegurarnos de que ningún sueño se nos había olvidado, seguimos con nuestro viaje, pues estábamos deseosos de llegar a un nuevo



Fotografía de Estefanie González Córdoba.

Los curiosos pescadores en el lago de los enigmas.

lugar y descubrir nuevos secretos. Esta vez llegamos a un gran lago, el lago de las preguntas preguntonas. Parecía un espejo. En él se reflejaban las luces de las estrellas y el resplandor de la Luna. Al avanzar por sus aguas, nos encontramos con un pequeño pescador que en su barquito de papel sorprendió a los curiosos pececitos llenos de preguntas. Él nos enseñó a pescar y así pescamos un gran balde lleno preguntas: ¡hay

otras galaxias antes de esta galaxia? ¿Cómo se hizo el mundo? ¿Por qué la Luna se separa de la Tierra? ¿Qué haríamos si no tuviéramos aire? ¿Por qué la mariposa vuela? ¿De qué color es el pájaro carpintero? ¿Por qué la gente va al infierno? ¿Por qué peleamos con la gente? ¿Cuál es la importancia del amor? ¿Adónde va la gente cuando se muere? ¿Qué se siente ser presidente? ¿Por qué las mujeres usan brasier? ¿Dónde vive la comadreja? ¿Qué animal es el más feroz? ¿Cómo se hicieron los dinosaurios? ¿Por qué los leones son carnívoros?

Hubo dos niños que encontraron pececitos con preguntas muy interesantes. Una de ellas la encontró una chiquilla muy perspicaz: ¿Cómo sería el mundo sin mariposas? Al hablar sobre este pecesito me dijo:

–No sé qué haría si no hubiera mariposas. Sería algo horrible, ¿no crees?

–Nunca antes había pensado en eso –le respondí.

Pensé en preguntarle por qué había que preguntarse algo como eso, pero no quería parecer una tonta. Así que intenté disimular mi curiosidad.



Fotografía de Estefanie González Córdoba.

Dos enigmas: ¿cuál es la importancia del amor? ¿Por qué peleamos con la gente?

–¿Por qué te gustan tanto las mariposas?

–En la terraza de mi casa mi mamá tiene muchas matas. Unas tienen flores y esas son las favoritas de las mariposas, les encantan jugar allí. Entonces, cada vez que llego de la escuela subo y juego con ellas toda la tarde hasta que llega la noche y se van. A veces sueño que soy una mariposa y tengo alas como ellas, de muchos colores. Siempre me he preguntado cómo sería si pudiera volar ¿Te imaginas? Me mantendría volando todo el día y por todas partes. Pero me gustaría ser una mariposa, no un pájaro, porque ellas parecen princesas, como hadas de verdad. ¿A ti te gustaría ser mariposa?

–Nunca me habían preguntado eso, no sé qué responderte. No puedo imaginarme qué haría con alas de mariposa, pero lo que sí sé es que me encantaría volar.

–Yo no te veo como mariposa, eres muy grande para serlo. Tienes pinta más bien de pájaro. Los pájaros son serios, no tienen tantos colores y se parecen a los adultos, así, como tú.

–Sí. Tal vez crecí mucho y me olvidé de cómo ser mariposa. ¿Crees que alguna vez podrías enseñarme a volar como mariposa?

–¿En serio te gustaría ser como yo? ¿Como una mariposa?

–Sí, me encantaría.

–Eres muy rara; dices cosas muy raras. Pero te voy ayudar, aunque será muy difícil. No cualquiera puede convertirse en mariposa.

–Vale. Prometo que pondré todo mi esfuerzo.

(Estefanie González. Asesora de práctica: Beatriz Mejía).

El espejo sonoro

Diana Villegas hizo su práctica en una institución a la que asisten niños en situación de discapacidad. Es así como recibe en el espacio de consulta a D, un niño con discapacidad visual. En el motivo de consulta la maestra refiere: “Me preocupa que el niño se ríe constantemente en medio de las actividades académicas. No da cuenta del porqué, de qué, ni con quién lo hace. Parece que en esos momentos no escuchara, ni me entendiera”.

Hace tiempo se le detectó un tumor cerebral que llevaría a la pregunta sobre si los comportamientos “anormales” del niño tendrían una explicación médica o psicológica.

Diana sabe de antemano que el niño disfruta mucho de la música y si contamos con su previa formación musical, se plantea la posibilidad de hacer de la música una herramienta para el diagnóstico y la intervención con D.

En uno de sus primeros encuentros, Diana le propone a D cantar y así narrar una experiencia vivida. Es así como surge la siguiente estrofa:

*Soy el pedacito de gente de doña Carmen.
Tengo tres amigos que se llaman Don Omar,
Franco y De La Ghetto.
Con ellos juego fútbol suavecito
y con el Atlético Nacional yo canté los goles.*

El niño canta y se presenta a partir de sus más cercanas relaciones: doña Carmen –su madre–, don Ómar, Franco y De la Guetto, tres cantantes reconocidos del género raeguetton, para así dar cuenta de un escenario en el que juega y canta goles con unos amigos imaginarios.

Al cantar, Diana advierte que D imita de manera casi idéntica el timbre de voz de sus cantantes favoritos. De hecho, hay una fuerte resistencia a cantar con su propia voz, pero en la música se despliega un escenario en el que esa voz podría surgir y las imágenes transformarse en expresiones simbólicas, a través de las cuales D lograría recrear su realidad y existir con una voz propia, esa que les daría sentido a sus experiencias.

Es así como se despliega un delicadísimo trabajo en el que Diana, le ofrecerá a D, a través de su voz, un reflejo en el cual reconocerse. El canto de Diana repetirá las frases que D inventa; será el eco que le devuelve su voz, una experiencia de existencia hecha de sonido.

Más adelante, mediante el ritmo Diana le ofrecerá a D un soporte para su canto. Este se irá haciendo rítmico y de este modo su experiencia musical abrirá las puertas a una vivencia compartida. En esa trama percutida se teje su vínculo con otro y se integran canto y ritmo en un todo que gana coherencia.

Poco a poco esa nueva voz singular y ese ritmo compartido van haciendo cuna para el juego. Y no cualquier juego. “Yo me llamo” es la representación de un concurso de la televisión que es, en principio, una competencia de imitadores que con el trabajo psicoterapéutico llega

al más conmovedor de los finales cuando D, emocionado, se despide diciendo: “No lo olvides, Colombia. ¡Yo soy D!”

Mi voz, su espejo sonoro

Dentro de la dinámica del discurso sonoro, D hace un pedido especial, que atiende a que lo acompañe repitiendo cada frase que va improvisando:

Canto a su familia

D: Sí está feliz Doña Carmen.

Diana: Sí, está feliz Doña Carmen.

D: Carlos está feliz porque yo me aprendí a vestir.

Diana: Carlos está feliz porque yo me aprendí a vestir.

D: Doña Carmen y mi hermano me pusieron música porque yo aprendí a hacer las cosas bien y me lo gané.

Diana: Doña Carmen y mi hermano me pusieron música porque yo aprendí a hacer las cosas bien y me lo gané.

En este sentido, D comienza a reconocerse y a reconstruir su identidad a través de mi voz y a encontrar en la música un lugar para existir.

El ritmo entre dos

Dentro de las sesiones, D explora sonidos con diferentes objetos o superficies (cajitas de madera, llaves, cucharas, mesa del escritorio, paredes de la casa de muñecas) y se propone acompañar rítmicamente las melodías improvisadas. En estas interpretaciones, el niño presenta un ritmo con el tambor que no se acopla al ritmo de su canto:

Yo estoy feliz por Francisca, la queremos

con toda nuestra alma y nuestra Colombia.

Y nuestro país y nuestra pasión, esta canción es para ella.

Yo la quiero mucho también, yo la amo.

Yo le saco este sonido a este tambor.

Esta canción la interpretamos, por esta selección.

Frente a esta situación, le marco ritmos simples con un sonajero como sostén, referencia y apoyo, para que integre sus melodías con el ritmo que tocamos:

Ritmo: corchea, corchea, negra.



I II I II I II

D: "Nosotros formamos un ritmo"

Diana: "Nosotros formamos un ritmo"

I III II I I I

D: "Acá estamos en la calle"

Diana: "Acá estamos en la calle"

I I II III II I I II I I

D: "Por aquí, por acá espuma, por aquí por la ventana."

Diana: "Por aquí, por acá espuma, por aquí por la ventana."

El juego musical: un lugar para existir

D propone también jugar "Yo me llamo" (programa de televisión). En varias ocasiones se utilizó el tambor como recurso rítmico para acompañar las improvisaciones. A continuación se relata cómo se hizo una de las dinámicas de este juego:

D: Diana, juguemos a Yo me llamo. Tú eres uno de los jurados y yo vengo a participar cantando.

Diana: Bueno. Empecemos el juego. Hola, D. Bienvenido al programa. ¿Qué has preparado para la audición de esta semana? Queremos escucharte.

D: No. D no vino hoy. Hoy va a cantar Yandel.

Diana: ¡Cómo así! Pero yo estoy esperando a D. Esta audición es para escucharlo a él.

D: Es que D está castigado en la casa. Su papá no lo va a dejar venir.

Diana: Entonces, voy a llamar a su papá para que lo deje venir a la audición.

D: No, él no va a venir. ¡No y no! Mejor váyase, Diana. Ya no quiero que este aquí.

Diana: Bueno, me voy. (Silencio en el consultorio por varios minutos).

D Murmura: ¡ahhh! Diana se fue.

Diana: Yo quería escuchar cantar a D, por eso le había traído este tambor. Pero como no quiere venir me lo voy a llevar. Por favor, entrégame las baquetas.

D: No. D ya llegó.

Diana: Hola, D. Bienvenido. Te estaba esperando.

Yo me llamo D

Dentro del cierre del proceso de mi intervención elaboré una canción a partir de las frases improvisadas por D dentro de las sesiones. En una sola sesión consiguió memorizarla por completo y acompañarla percutiendo sonidos sobre distintas superficies con un ritmo constante y coherente: Esto va a comenzar.

Yo me llamo D.

Soy un cantante reguetonero yo soy conciertero.

Soy el pedacito de gente de doña Carmen y Carlos.

Quiero decirles que los quiero y los amo

y que estoy feliz como una lombriz.

Mis hermanos me ponen música

porque yo aprendo a hacer las cosas bien.

Me gusta jugar a los carros y que me lean Rin rin renacuajo.

Yo estudio en el Instituto de Niños Ciegos y Sordos del Valle

con Daniela, Sara y Alejandro,

Luis, Juan Pablo, Valentina y Manuel.

Quiero a Colombia, a mi selección, nuestro país, nuestra pasión.

Le pido a Dios poder crecer y ser feliz como una lombriz.

Decirles que estoy "ilusionao" cantando esta canción

que es para el mundo y mi familia,

para Álex, para Yinna, para Diana y para Maritza.

Yo le saco este sonido a este tambor, el sonido del reggaetón,

*Acompáñame con tu corazón y repite conmigo esta canción,
esta canción que es con mucho amor.
No lo olvides, Colombia. ¡Yo soy D!*

Para el cierre de este proceso, se graba esta canción a la que se llama Yo soy D, en un CD, la cual es interpretada por D y lleva en la carátula un dibujo hecho por él. Finalmente, el niño se prepara para hacer una presentación en público de su canción y la hace en braille a los docentes, a los especialistas de la institución, a los compañeros del salón y a los familiares. Su presentación y el lanzamiento de la canción son un éxito en el evento de talentos de la institución educativa.

Minucias

*Una gota de lluvia,
una partícula de arena,
una pizca de sal,
una brizna de hierba,
un grano de mostaza,
una viruta de madera,
un átomo de vida,
un ápice de ciencia,
un jirón de coraje,
una chispa de candela:
suficiente energía para mover tu interior
y para mover la Tierra.*

David Chericán 1940 (De la loma al mar)

(Diana Villegas. Asesora de práctica: Elizabeth Torres)

Bibliografía

COLMENARES, M. (2002). La ética como fundamento psicológico de la resiliencia. En B. Curulnik, M. Manciaux, E. Sánchez, M. Colmenares, M. Olaya, y L. Balegno, *La resiliencia, desvictimizar a la víctima*. Editorial Rafué, Cali. 61-98

COLMENARES, M. (1999). El jugador, construcción identitaria del sujeto y valores de su rol como agente cultural. En M. y Colmenares, *Del colombiano valiente y aguerrido al colombiano de la violencia y la barbarie*. Editorial Rafué, Cali. 201-222

CYRULNIK, B. (2002). La resiliencia en el curso de las interacciones precoces: La adquisición de los recursos internos. En B. Curulnik, M. Manciaux, E. Sánchez, M. Colmenares, M. Olaya, y L. Balegno, *La resiliencia, desvictimizar a la víctima*. Editorial Rafué, Cali. 29-51

LIAO, J. (2010). *Escondese en un rincón del mundo*. Barbara Fioré Editora, España.

LISPECTOR, C. (2004) *Agua viva*. Editorial Siruela, España.

PELLIZZARI, P. (1999) El proceso creador, una alternativa preventiva y clínica. Conferencia de inauguración de la casa de las terapias de arte. Lima, Perú.

PETIT, M. (2001) *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. Colección Espacios para la lectura. Fondo de Cultura Económica, México.

PETIT, M. (2009) *El arte de la lectura en tiempos de crisis*. Editorial Océano Travesía. México, D. F.

PROUST, M. (1998) *En busca del tiempo perdido*. Citado por Petit, M. (2001) *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. Colección Espacios para la lectura. Fondo de Cultura Económica, México.

REYES, Y. (2003) *Yo no leo, alguien me lee me descifra y escribe en mí*. Lecturas sobre Lecturas /5. Editorial Conaculta, México, D.F.

SNUNIT, M. (2013). *El pájaro del alma*. Ediciones Fondo de Cultura Económica. Colombia.

VILLALOBOS, M. A. (2010). Resiliencia en niños con experiencias de abandono. *Acta Colombiana de Psicología*, 149-159.

Webgrafía

CAMELS, DANIEL. El juego corporal. En <http://www.semjuegosyjuguets.com.ar/>

LEVIN.E. No hay infancia sin secretos. En <http://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-211063-2013-01-03.html>.2013

KLUG,PAOLA. Trenzaré mi tristeza. En <http://paolak.wordpress.com/2014/03/04/trenzare-mi-tristeza/>

MONTES,GRACIELA. De la consigna al enigma. En http://gredos.usal.es/jspui/bitstream/10366/118635/1/EB12_N112_P58-63.pdf.1999

Winnicott, D. (06 de 2012). *psikolibro*. Obtenido de Winnicott Obras Completas: <http://ouricult.files.wordpress.com/2012/06/donald-winnicott-obras-completas.pdf>. Es así como en el territorio de sus páginas se subvirtieron los órdenes establecidos y se encontró el permiso para hacerlo en la cotidianidad. En sus personajes



El viaje emprendido con los autores de estos relatos –los baquiianos– comienza con la invitación a construir una biografía cuyo hilo conductor fuesen las experiencias estéticas que han contribuido a dotar sus vidas de sentido. A estas producciones –de intenso olor a memorias– las llamamos biografías estéticas y esta propuesta de viaje y aventura, de alteridades y nos/otros, está enmarcada en dos cursos de pregrado para futuros profesionales de la psicología: Clínica y Estética y Práctica Profesional.

Del viaje obtendríamos, además de una memoria escrita que contenía un entramado de producciones, un “producto” en el que la música, la danza, la escritura, la culinaria y el modelado, entre otras expresiones, le permitían a cada viajero metaforizar el sentido de esa experiencia estética en sus vidas. Relato y obra se conjugaban para garantizarle al lector vivir de diversas y sentidas maneras la experiencia del viaje.

En la construcción de sus “biografías estéticas”, estos viajeros fueron re-descubriendo en sus propias vidas la sutil y poderosa fuerza transformadora de las palabras cantadas y contadas. Ahora, más sabios por reconocerse en sus propios recursos, han podido favorecer, mediar y exaltar, los recursos de los otros.



UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI

Avda. 10 de Mayo, la Umbria, carretera a Pance.

Pbx: (57) + (2) 4882222 - Fax: (57) + (2) 4882231. Cali, Colombia, Sur América

e-mail: información@usbcali.edu.co

www.usbcali.edu.co